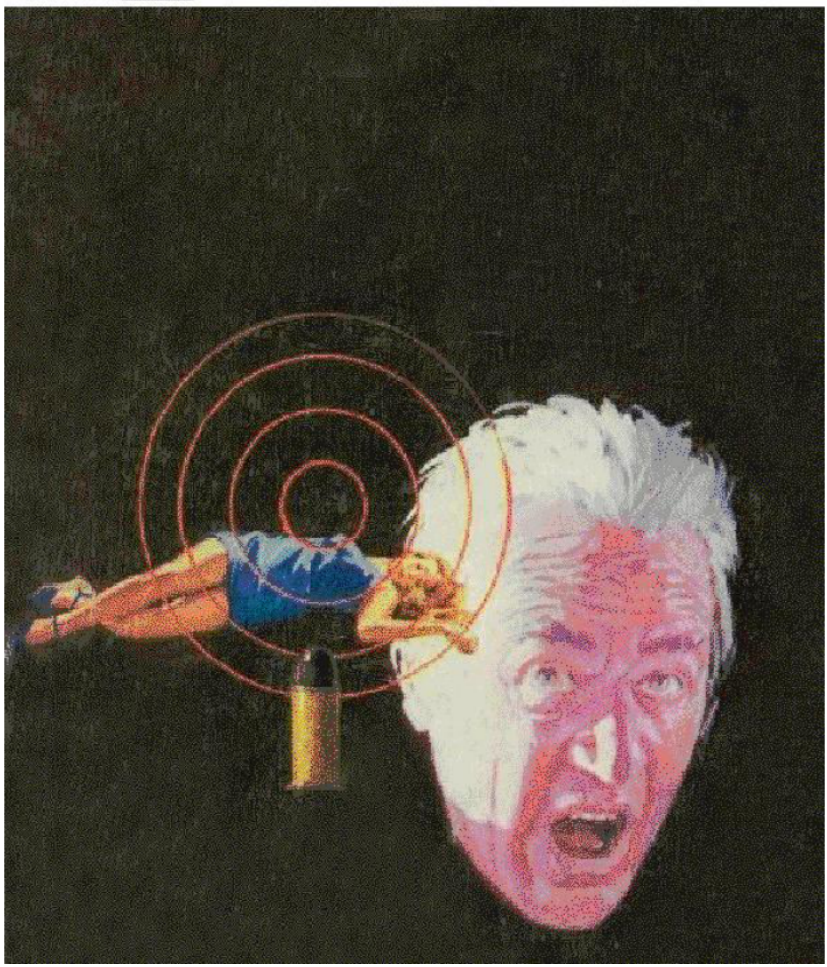
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO ROJO

la locura del doctor "z"

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO

KEITH LUGER

LA LOCURA DEL DOCTOR Z

Colección **PUNTO ROJO** n.º 776
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X
Dépósito legal: B 167 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición en esta colección: marzo, 1977

© Keith Luger - 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283. — La 'historia de Bill *el Melenas.*

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.380. — Así mueren los espías.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967. — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:
729.— La venganza.

Efe Colección KANSAS:
657. — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRÁVO OESTE:
581. — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:
771. — Guillotina para mi cliente.

En Colección CALIFORNIA:
752. — La historia de Buby *el Llorón.*

En Colección ASES DEL OESTE:
930. — Una chica con problemas.

En Colección COLORADO:
610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
374. — ¡No dispare, *marshal!*

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5. — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

—Parece que va a hablar…

—No, está muy pálido…

—*¿Qué* dice usted?… Si hasta tiene color.

Las tres mujeres que hablaban tenían los ojos fijos en el muerto que contenía la caja.

Luego, las tres salieron de la habitación al *living*.

Allí estaba la viuda con un pañuelito en la mano, enlutada.

Había otras personas.

La mayoría que llegaban, ocupaban una silla y se ponían a dar suspiros. De vez en cuando, decían alguna cosa referente al muerto.

Las tres mujeres que acababan de hacer su visita al ataúd se detuvieron ante la viuda.

Ésta les dirigió una mirada y se puso a sollozar.

—Valor, señora Gillon —dijo una de las mujeres…

—Sí, valor, señora Gillon —dijo otra—. Recuerde que no somos nada.

La tercera, para variar, dijo:

—¿Cómo fue, señora Gillon?

—A mediodía, durante la comida —contestó la señora Gillon.

Las tres mujeres se miraron y una de ellas, con cara caballuna, sacudió la cabeza.

—Sí, ya sabía yo que el señor Gillon era muy comedor. Alguna vez pensé que eso le podía traer malas consecuencias y ya lo ven…

—No diga eso, señora Mercier… —repuso la viuda—. No murió porque se atragantase… Fue un fallo del corazón… Sólo había comido tres cucharadas de sopa y, de pronto, dio un ronquido… Yo estaba frente a él. Es como si lo estuviese viendo ahora. Agrandó los ojos. Creí que se le iban a salir y dijo: «Marie»… Yo le contesté: «¿Qué te pasa, André?»… «Me muero», dijo…

—Y se murió —terminó la mujer de cara caballuna.

—Sí, señora Mercier, quedó fulminado en la silla. Fue como si hubiese caído sobre él un rayo…

—¿Qué hizo usted?

—Fui a la cocina por una compresa de agua fría.

—Claro, pero él no necesitaba la compresa porque ya estaba frío…

—Del todo… —asintió la viuda, mientras se secaba las lágrimas con el pañuelo.

—No somos nadie —dijo la mujer que lo había dicho antes.

—Y el doctor, ¿no llamó al doctor? —preguntó la señora Mercier.

—Claro que lo llamé. Cuando me di cuenta de que la compresa no reanimaba a mi marido…

—Y, ¿qué dijo el doctor cuando vino?

—¿Qué iba a decir?… Que ya no había nada que hacer.

—Entiendo.

En aquel momento entró en la sala una joven. Estaba muy sofocada. Se dirigió rápidamente adonde estaba la viuda.

—Señora Gillon… Ella viene hacia acá.

—¿Ella?

—Ya sabe usted a quién me refiero… A esa mala mujer que él mantenía…

Todas a una, incluida la viuda, miraron la habitación donde estaba el muerto.

La señora Mercier fue la primera en reaccionar:

—Señora Gillon, no permita que esa cualquiera vea a su marido…

En un instante había desaparecido toda congoja del rostro de la viuda. Sus ojos ya estaban secos y las aletas de su nariz palpitaban.

Se oyeron pasos junto a la entrada, en el umbral y ante los ojos de todos apareció una mujer de unos treinta años, esbelta, muy bella.

Los presentes habían cortado hasta el resuello.

La bella visitante, que se había detenido unos segundos, recuperó el movimiento y fue rápida a la habitación del muerto.

La señora Mercier exclamó:

—Usted no consentirá eso, señora Gillon.

—No se meta en mis cosas —dijo la viuda.

—Pero es que esa mujer va a profanar el descanso de su marido.

—Esa mujer no profanará nada…

La viuda saltó de la silla y fue tras de la bella mujer.

Ésta se había detenido a los pies del ataúd. Tenía los ojos fijos en la cara del muerto.

—¿Qué hace usted aquí?… —dijo la viuda con voz llena de furia.

La visitante volvió la cabeza.

—Perdone, señora Gillon, pero quería verlo.

—¿Quería verlo? ¿No lo vio bastante ya?…

—No se ponga así… No se lo voy a quitar.

—Qué desfachatez… Sólo faltaba eso, que me lo quitase cuando está como un pajarito.

—Señora Gillon, he venido aquí sintiendo una gran condolencia por usted.

—Vaya —dijo la viuda con tono irónico—, después de todo, las bailarinas tienen su corazoncito.

—Sí, señora Gillon, también las bailarinas somos seres humanos y tenemos sentimientos como las demás mujeres…

—Claro, y por eso quitan los maridos, porque no tienen bastante con los hombres que caen en sus redes.

—Señora Gillon, no he venido aquí a discutir mi pasado.

—No le conviene.

—Ya no hay razón para que usted y yo discutamos… El está muerto.

—¡No le consiento que me dé lecciones, Jeanne Verlaine!…

—No pretendo dárselas.

—Entonces, lo primero que ha debido hacer es quedarse en su casa.

—Sin embargo, me quedaré aquí.

—¿Cómo dice?

—Me quedaré aquí para velar su cadáver.

—¿Con qué permiso?

—Señora Gillon, le ruego sea usted comprensiva.

—Usted tiene la cara muy dura, Jeanne Verlaine… Hemos estado compartiendo a este hombre durante un año, pero ya no tenemos nada que compartir.

—Sólo vine aquí para estar la última noche con él.

—Se marchará aunque la tenga que sacar por los pelos.

—¿Usted a mí?…

—¡Sí, yo a usted!…

Jeanne Verlaine se frotó las manos y puso los brazos en jarras.

—Vine en son de paz, pero, si usted quiere guerra, la va a tener.

—¡Atrevida!

La viuda se quitó el velo y lo arrojó sobre una silla. Se subió las mangas.

Jeanne Verlaine apartó una silla y se quitó una guedeja de cabello de la frente.

—Ande, trate de sacarme de aquí y va a aprender unas cuantas cosas.

—Sépalo de una vez, Jeanne. El estaba harto de usted.

—¿Qué dice?

—¡Ya lo oyó!… ¡Que estaba harto de usted!…

Se oían pasos de las personas que estaban en el *living*. Se acercaban a la puerta del dormitorio para no perderse la escena que se estaba desarrollando en la habitación del muerto.

—¡Duro, señora Gillon, dele una lección! —dijo la señora Mercier.

La viuda no necesitaba ser animada.

Estaba fuera de sí.

Dando un salto, se arrojó sobre Jeanne.

Ésta le soltó un puñetazo.

La señora Gillon se derrumbó en el suelo, dando un chillido.

Pero se levantó en seguida y atacó con más furia que antes.

Esta vez burló el puñetazo que le dirigió la bella Jeanne Verlaine y logró atraparla por el cabello.

Jeanne Verlaine dio un chillido.

Pero también ella tomó un puñado de la cabellera de la viuda.

Las dos, enzarzadas, cayeron al suelo gritando con todas las fuerzas de sus pulmones.

Las mujeres que habían venido a expresar su condolencia a la viuda Gillon se amontonaban en la entrada de la habitación. Las que estaban detrás empujaban o saltaban para saber lo que pasaba en el suelo.

La viuda y Jeanne daban vueltas por la estancia pegándose tarascadas como dos fieras. El muerto estaba muy quieto.

Pero ahora se movió.

Sí, movió una mano.

La derecha.

Empezó a levantarla.

Y luego, movió la mano izquierda.

Nadie se había dado cuenta de ello porque la viuda y la amante de André Gillon seguían luchando ferozmente y los testigos sólo tenían ojos para ellas.

Ahora, el muerto apoyó cada mano en un borde de la caja y empezó a incorporarse.

La señora Mercier fue la primera que lo vio.

Agrandó los ojos y levantó el brazo para señalarlo, porque sus cuerdas vocales habían quedado paralizadas.

Sólo logró emitir unos sonidos incoherentes.

Pero fueron bastante para que las mujeres que estaban a su lado mirasen hacia el lugar que ella señalaba.

Una mujer dio un grito.

—¡Está resucitando!…

Empezó a producirse la desbandada.

Todas quisieron salir de la habitación al mismo tiempo.

El escándalo fue enorme.

Todas lanzaban chillidos o aullaban.

La viuda y Jeanne Verlaine dejaron de tirarse del pelo.

La primera quedó arrodillada y la segunda sentada en el suelo.

En sus caras se reflejó un pánico indescriptible al ver que el muerto estaba sentado en el ataúd mirándolas fijamente.

La señora Gillon fue la primera en levantarse.

Entonces, abrió la boca y de allí salió un aullido que parecía el de la sirena de la fábrica de clavos del señor alcalde.

Jeanne Verlaine se puso también en pie.

Y, para no ser menos que la viuda también chilló, aunque su grito fue demasiado ronco. El muerto levantó los brazos hacia las dos mujeres. Probablemente para que le ayudasen a salir del ataúd, ya que sus músculos debían de estar entumecidos por el largo rato que llevaba allí.

Pero las dos mujeres, que minutos antes se peleaban por él, reaccionaron ahora muy desfavorablemente.

Las dos echaron a correr hacia la puerta sin dejar de gritar.

En un momento desaparecieron.

El muerto quedó solo.

Entonces, valiéndose por sí mismo salió del ataúd y se dirigió hacia la ventana que estaba entornada, abrió ésta y saltó por el hueco. Inmediatamente se perdió en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO II

—El muy sinvergüenza se ha muerto debiéndome trescientos francos.

—Eso no es nada… A mí me debía más… No sé cómo pude prestarle hasta quinientos francos a este tipo que era de la piel del diablo…

—Por lo visto, yo soy el menos perjudicado. A mí me debía cien…

Los tres hombres hablaban de una misma persona que estaba muerta y que tenían delante, en su ataúd.

Aquel pueblo, Sainte Marie de
L'Eglise,
estaba a quinientos kilómetros de Papillón, el pueblo en donde había muerto André Gillon.

Jean Chabrol no estaba casado.

Y no tenía una amiga.

Tenía muchas amigas.

Era un hombre para quien las mujeres había sido uno de los temas favoritos de su vida.

El otro había sido el dinero.

—En fin, se fue al otro mundo endeudado… —dijo uno de los acreedores—. Ya no podrá estafar a nadie.

—Pero ¿quién me devuelve a mí los quinientos francos? ¡Soy el más perjudicado!…

La dueña de la pensión entró donde estaban los tres hombres con el muerto.

—Están hablando de una forma egoísta.

—¿También se murió debiéndole a usted, señora Martin?

—Claro, cómo no.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta y tres francos Pero eso no es lo peor… Se ha

muerto aquí y me ha desacreditado la casa. Imagínese, los del servicio de desinfección tendrán que hacer su trabajo…

—¿Cómo murió, señora Martin? —preguntó el acreedor de los cien francos.

La señora Martin olvidó por un momento la deuda que Chabrol había contraído con ella y dio un suspiro.

—Fue visto y no visto.

—¿Qué quiere decir?

—Sonó el teléfono… Era una joven. Se llamaba Isabelle. Quería hablar con el señor Chabrol… Había llamado otras veces… Fui a la habitación del señor Chabrol y le dije que la chica quería hablar con él… Oí cómo Jean se levantaba de la cama… Yo me retiré por el pasillo porque estaba barriendo… El señor Chabrol abrió su puerta y me dirigió una mirada… «Buenos días, señora Martin»… Yo le contesté con un gruñido porque estaba enfadada. Ya saben, por la deuda… Entonces, el señor Chabrol habló por el teléfono… «Diga, diga»… Luego escuchó y se echó a reír… Poco más o menos dijo: «Querida… Estoy sin un franco. De modo que, si quieres que te lleve a París, tendrás que correr tú con los gastos»…

La señora Martin dio un suspiro y prosiguió:

—Sí, señor, hay que reconocer que el señor Chabrol era guapo. Se comprende que un hombre así vuelva locas a las mujeres… Es lo que le pasaba a mi pobre Boniface… Qué hombre… Tenía una especie de atracción… Mujer que lo veía, mujer que se quedaba prendada de él… Me dio una vida perra… Y también él se murió. Aunque no como el señor Chabrol… A mi Boniface lo aplastó un camión…

El acreedor de los cien francos dijo impaciente:

—Todavía no ha dicho cómo murió el señor Chabrol.

—Todo a su tiempo, señor Claire… Como les iba diciendo, el señor Chabrol estaba hablando con esa Isabelle… Ella le debió decir que sí, que estaba conforme en correr con los gastos del viaje a París, porque oí decirle al señor Chabrol: «Está bien, muñeca, pasaré por ti dentro de una hora»… Fue entonces cuando ocurrió…

Los tres hombres se inclinaron hacia la señora Martin.

—¿Qué ocurrió? ¡Dígalo!…

—No nos tenga sobre ascuas.

La señora Martin señaló el corredor donde estaba el teléfono.

Acompañó a sus palabras con los gestos adecuados.

—El señor Chabrol colgó el teléfono y se volvió hacia mí. Yo lo estaba mirando. Bueno, no es que le espiase su conversación, pero, ya saben, la dueña de una pensión tiene que estar al corriente de la vida de sus huéspedes para no perder dinero… El señor Chabrol me debía ciento cincuenta y tres francos… Yo le dije: «Eh, señor Chabrol… Usted no se irá de aquí sin pagarme»…

El me sonrió de forma maravillosa y me contestó: «Descuide, señora Martin, voy a París, pero volveré en tres días con la cartera llena de billetes y usted cobrará sus ciento cincuenta y tres francos y le daré diez más para que se compre un sombrerito»… Qué gracioso era…

Los tres hombres estaban agachados escuchando a la señora Martin.

El acreedor de los cien francos gritó:

—¡Todavía no lo ha dicho!… ¿Cómo murió?…

—Oh, sí… Fue entonces.

—¿Entonces?

—Cuando me dijo lo del sombrerito… Dio un grito, se puso pálido y sus ojos empezaron a salirse de las cuencas. Se llevó una mano al cuello… —la señora Martin accionaba mucho y también ella se llevó la mano al cuello, como lo había hecho el señor Chabrol, sintiéndose morir—. Yo le dije: «Señor Chabrol, ¿qué le pasa?». El pobre no me pudo contestar. Era como si se estuviese ahogando… Y de repente se vino al suelo.

Señaló delante de sí en el suelo, aun cuando Chabrol no había caído allí, sino en el corredor, delante del teléfono.

—Pobre señor Chabrol… Allí se quedó quieto, boca abajo… Yo corrí hacia él: «Señor Chabrol, ¿qué le pasa?»… Me agaché y lo quise levantar. Pesaba mucho. Qué gran mozo era… Me di cuenta de que ya no lo podía socorrer… En veinticinco años que llevo abierta esta pensión no se me han muerto muchos, sólo cuatro, pero conozco bien a la muerte y sé lo que es… Me di cuenta en seguida de que el señor Chabrol había entregado su alma… —miró hacia el techo—. Ojalá esté en el cielo…

Los tres acreedores también miraron hacia el techo, quizá esperando que Chabrol les dijese algo acerca de su deuda.

El acreedor de los cien francos sacudió la cabeza.

—En fin, vivir para aprender.

—Querrá usted decir, morir —le rectificó el acreedor de los quinientos francos.

—Lo que usted quiera.

Nadie miraba entonces al muerto.

Y por eso, ninguno de los presentes pudo ver que el endeudado señor Chabrol estaba levantando el brazo izquierdo.

—Eh, señora Martin —dijo el acreedor de los cien francos—. ¿No encontró dinero en algún sitio?

—Claro que no.

—¿Lo buscó?

—Desde luego. Hasta en el bolsillo de sus trajes…

—Bueno, creo que se podrá sacar algo de la venta.

—Nada de eso. Según la ley, yo debo cobrar antes que nadie…

El muerto señor Chabrol levantó ahora el brazo derecho.

Como no hacía ruido, nadie se había percatado todavía de sus movimientos.

—Señora Martin —dijo el acreedor de los cien francos—. Debemos olvidar la ley. Si usted quiere, haremos un reparto equitativo después de la venta.

—Yo me voy a ocupar de eso y no consiento que nadie se entrometa —repuso airadamente la señora Martin.

El acreedor de los quinientos francos creyó oír algo y miró hacia la caja.

La sangre se le heló en las venas.

—¡Eh, miren!… —pudo gritar tras hacer un gran esfuerzo.

Todos miraron hacia la caja.

—¡Señor Chabrol!… —exclamó la señora Martin.

El muerto no respondió, pero se estaba incorporando.

El acreedor de los cien francos se puso a temblar de la cabeza a los pies. Se veía que su intención evidente era echar a correr, pero también se veía que no podía conseguirlo, porque estaba como pegado al suelo.

El de los quinientos francos fue el más rápido.

Dio un salto y salió de la habitación como un cohete.

Sus otros dos compañeros quisieron salir a un mismo tiempo, pero la señora Martin les había tomado ventaja.

Los tres coincidieron en el hueco e hicieron un verdadero tapón

mientras chillaban, gritaban, aullaban…

La señora Martin, valiéndose de sus codos, logró salir de la estancia.

Y en seguida lo hicieron los otros.

El acreedor de los cien francos rodó por la escalera y derribó en su camino a la señora Martin. Pero ambos se pusieron en pie al llegar al primer descanso y continuaron su carrera.

El muerto señor Chabrol bajó del ataúd muy lentamente.

Sus ojos parecían los de un hipnotizado.

Echó a andar y cruzó la habitación.

Ya estaba en la escalera.

La puerta que daba acceso a la pensión estaba abierta, pero abajo no se veía a nadie. El señor Chabrol salió a la calle y, andando con paso cansino, se perdió en la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO III

Raymond Duc agente del Deuxiéme Bureau, entró en la Maison Druot, donde se iba a realizar una subasta de objetos pertenecientes a los siglos XV y XVI El *hobby* de Raymond no eran los objetos de los siglos XV y XVI.

Su *hobby* eran sujetos del siglo XX.

Las mujeres.

El salón presentaba un brillante aspecto.

Allí se habían dado cita las damas más hermosas de París y también las más adineradas.

Todas lucían sus joyas, sus abrigos, sus maridos o sus amantes.

El subastador estaba cumpliendo con su obligación, y algunos espectadores tenían establecida una pugna por un par de exquisitos candelabros italianos.

—¡Dos mil trescientos cincuenta…!

Raymond Duc se deslizó hacia una silla que estaba vacía.

En el camino, una mujer le tomó la mano y se la apretó.

Raymond le contestó con una sonrisa.

Otra dama volvió la cabeza y, al paso de Duc, dijo:

—Traidor.

Raymond le obsequió con otra sonrisa, impasible y continuó su camino hacia la silla.

Al fin, se sentó.

Delante de él había una mujer con una maravillosa cabellera rojiza.

Raymond pareció sumergirse en la lectura del programa de la subasta que había conseguido a la entrada.

En un momento determinado, lo arrugó convirtiéndolo en una pelota y lo guardó en el bolsillo.

Entonces se inclinó sobre la pelirroja y dijo:

—*Madame*, ¿me permite su programa?

—Desde luego.

El hombre que se sentaba al lado de la pelirroja, cincuentón y que tenía en el ojo derecho un monóculo, hizo un gesto desabrido.

Pero la pelirroja había entregado ya su programa a Raymond Duc.

Éste le dio las gracias educadamente y ocupó de nuevo su silla.

Durante unos instantes dedicó su atención a los dos candelabros. Pero, luego, abrió el programa que le había entregado la pelirroja. En la parte inferior, bajo los objetos que se subastaban, leyó unas palabras escritas con tinta y que decían así:

> «Mi marido sale hoy para Londres. Te espero a las siete en mi casa, pero tendrás que llevarte la escala para saltar el jardín, porque habrá guardianes en la puerta. No faltes, querido. Me muero por tus besos. Tuya,
>
> »*Sonia*».

Raymond dobló el programa y lo guardó en el bolsillo opuesto al que había guardado el primero.

Finalmente, se puso en pie y volvió a deslizarse hacia el corredor.

La misma mujer que le había llamado traidor antes, le miró y dijo:

—Perro.

Raymond la obsequió con otra sonrisa y siguió adelante.

Ya en el corredor, se dirigió hacia la puerta que le fue abierta por un hombre vestido con librea.

Raymond salió del salón, y las puertas se cerraron a su espalda.

De pronto, dos hombres le interrumpieron el camino.

Uno llegó por la derecha y el otro por la izquierda.

Raymond se fue hacia un lado, pero los hombres le siguieron.

Duc no perdió la sonrisa.

—Perdonen, ¿qué es lo que quieren?

—Se lleva algo, señor Duc.

—Vaya, me conoce.

—¿Quién no conoce a Raymond Duc, agente del Deuxiéme Bureau?

Raymond se apretó el puente de la nariz.

—Me siento muy honrado por ser tan famoso, pero, si son periodistas, no tengo ninguna declaración para ustedes.

—No somos periodistas —dijo el hombre que llevaba la voz cantante, de cara muy arrugada.

—¿Qué son, entonces?

—Usted ha sacado algo de ahí —el hombre señaló el salón.

—Oh, no —sonrió Raymond—. No tomé parte en la subasta. ¿O es que imagina que soy ladrón además de agente?

—Sí, señor Duc, ahora lo ha dicho. Usted es exactamente eso, un ladrón.

—Creo que están cometiendo un grave error.

—Sé lo que digo y se lo puedo demostrar.

—¿De qué forma?

—Registrándolo.

Raymond inspiró profundamente.

—No me voy a dejar registrar por ustedes.

—Tiene miedo, ¿eh…?

—No, no lo tengo. Pero deberían saber que si hubiese robado algún objeto, no podría esconderlo tan fácilmente.

El hombre que hasta entonces había estado callado sacó un revólver del bolsillo.

Raymond miró el arma y se dijo que, a pesar de que era muy pequeña, escupía balas que causaban la muerte al que las recibía.

—Eh, ¿qué es lo que intentan?

El hombre de la cara arrugada, el único que hablaba, dio un paso y se puso detrás de Raymond.

—Voy a registrarle los bolsillos.

—Está bien —suspiró Raymond—. Por lo visto, no me queda más remedio que consentirlo.

—Es usted muy comprensivo —dijo el hombre, y le registró los bolsillos de la chaqueta. Extrajo su contenido, aquella bola de papel. Observó lo que era y, finalmente, lo arrojó al suelo.

Luego, sacó el otro programa, el de la pelirroja.

—Vaya, aquí está.

—No le entiendo —dijo Raymond Duc—. ¿Qué es lo que buscan ustedes?

—Esto —dijo Cara Arrugada enarbolando el programa que contenía el mensaje.

—Continúa sin explicarse.

—Usted no va a acudir a esta cita, señor Duc.

—Ya entiendo. Fue cosa del embajador…

—Es usted listo, señor Duc.

—Gracias.

—Pero no es siquiera la mitad de lo que usted cree.

Raymond se pellizcó la barbilla.

—¿Qué se proponen?

—Dejarlo en las debidas condiciones para que ingrese en el hospital… ¿Qué le parecen cuatro fracturas…?

—Lo siento, pero necesito mi cuerpo entero.

—No, señor Duc. Usted no lo va a tener entero para acudir a la cita con su amada Sonia. Perdón, quise decir con la señora del embajador…

—No sea así, hombre.

—Está decidido, señor Duc. Al hospital.

—¿Y dónde va a ser la fiesta?

—Aquí mismo.

El otro hombre levantó la pistola.

Duc dio un salto a la derecha para evitar que el cañón le golpease el maxilar inferior. Luego atrapó el brazo armado del joven e hizo palanca con él.

El propietario del brazo tuvo que darse impulso para evitar que sobreviniese la primera fractura.

Duc lo golpeó con limpieza y el joven, convertido en proyectil, voló por el aire y se estrelló en la puerta tras la que se estaba celebrando la subasta. No la echó abajo porque era de madera de buena calidad.

Cara arrugada soltó un sonido gutural y saltó sobre Duc. Éste lo detuvo con un golpe en el plexo solar y luego lo cazó con la izquierda.

Sonó un terrible chasquido y Cara Arrugada se fue por el mismo camino que su compañero. Chocó contra la puerta y ésta se abrió de golpe.

El empleado con librea gritó:

—¡Silencio!

El segundo matón había perdido la pistola, pero ahora, él y «Cara Arrugada», decidieron aunar sus esfuerzos y echaron a correr

sobre su víctima.

Duc no los esperó. Salió a su encuentro en un salto de piscina, extendiendo los brazos. Cara Arrugada y su cómplice chocaron contra los brazos de Duc. Fueron dos golpes secos.

Los dos cayeron al suelo y pusieron los ojos en blanco.

Raymond atrapó a uno por el cuello y tiró de él enviándolo a gran velocidad por el piso perfectamente encerado.

Esta vez, como la puerta estaba abierta, el tipo entró como una bola en la sala de la subasta, produciendo un gran estropicio en su camino, donde empezó a derribar sillas que contenían personas.

A Cara Arrugada no le gustó lo que Duc había hecho con su compañero y pegó un sacudón al agente.

Duc, que había sido sorprendido, también entró por la puerta y derribó lo suyo.

El subastador gritaba:

—¿Quién da más por este magnífico jarrón Veneciano tan hermoso?

Duc dio más. Al larguirucho, el cual pegó una completa voltereta en el aire, y en su caía arrastró más mujeres, más hombres y más sillas.

El aire se llenó de chillidos e imprecaciones.

El hombre que estaba sentado al lado de Sonia, el del monóculo, dirigió una furibunda mirada a Cara Arrugada y su compañero.

Cara Arrugada lanzó un grito de victoria mientras se arrojaba sobre las espaldas de Duc, pero éste, en el último segundo se agachó y su agresor atrapó sólo aire.

Duc rectificó la posición de Cara Arrugada pegándole un sacudón en la mandíbula.

Cara Arrugada echó a correr a gran velocidad por el corredor, y en un instante se plantó delante del subastador, que, justamente en ese momento, cansado de dar voces sin que nadie le hiciese caso, bajó el jarrón, y lo hizo con tan mala fortuna que la pieza se hizo cisco en la cabeza de Cara Arrugada. Éste se puso bizco, dio un traspié y, finalmente, se derrumbó sin conocimiento en el suelo.

Dos policías irrumpieron en el local haciendo sonar el silbato, abriéndose paso entre los espectadores que trataban de ganar la calle en un *maremágnum* indescriptible.

CAPÍTULO IV

Raymond Duc estaba en una celda tendido en el jergón.

Oyó un ruido en la puerta y se incorporó levemente.

Al ver quién era su visitante, se pasó una mano por la cara y dio un suspiro.

—Tardó mucho, jefe —dijo.

Su superior en el Deuxiéme Bureau, el Viejo, hizo una señal al guardián para que cerrase por la otra parte.

Luego se aproximó a la cama donde estaba Raymond.

—¿Está satisfecho, señor Duc?

—Yo no empecé.

—No, usted nunca empieza nada.

—Jefe, yo salía de la subasta cuando me encontré con esos dos tipos.

—¿Quiénes eran ellos?

—Seguramente dos fulanos enviados por algún servicio extranjero.

—Sí, es posible. Usted es una pieza apetitosa para muchos de nuestros rivales. El Viejo soltó un gruñido y dio unos pasos por la estancia. Se detuvo apuntando con el dedo índice a Duc.

—¿Qué hacía usted en la subasta?

—¿Qué hace uno en una subasta, jefe? Fui allí porque tenía interés en adquirir algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Dos candelabros y un jarrón veneciano.

—¿Sólo eso?

—Desde luego.

—Está mintiendo.

—¿Cómo?

—En todos sus jaleos hay una mujer.

—Aquí no, jefe.

—Claro que la hay… Es la esposa de un embajador, y ya sé por qué esos hombres le salieron al paso.

—¿Usted lo sabe?

—Sí, Raymond, y abandone ese aire de ingenuidad. Cierto embajador tenía que abandonar hoy París para hacer una consulta con su gobierno, pero su mujer se iba a quedar. Usted estaba citado con ella… Esos dos matones quisieron impedir que usted y la señora embajadora se viesen… ¿Se da cuenta de las consecuencias de sus actos? ¡Siempre nos provoca conflictos! He estado a punto de perderlo a usted y eso es mucho peor. Necesito sus servicios. Son necesarios para resolver un problema muy difícil.

—Usted me dijo hace dos días que podía tomarme unas vacaciones.

—Eso fue hace dos días, pero, entretanto han cambiado mucho las cosas. Un muerto resucitó.

—No me diga.

—Ocurrió en un pueblo llamado Papillón, en la Provenza… Su nombre es André Gillon, estaba metido en su caja y de pronto echó a andar. ¿Y sabe usted dónde se encuentra ahora?

—Quizá se fue al cementerio por su propio pie.

—Deje sus chistes para mejor oportunidad. El muerto desapareció.

—¿Ya ha terminado?

—No, sólo empecé, porque hay otro resucitado. André Gillon resucitó anteanoche, pero anoche, otro hombre, Jean Chabrol, resucitó en un pueblo llamado Sainte Marie de
L'Eglise.
También salió de su ataúd en presencia de varios testigos y fue tragado por la noche. No se ha vuelto a saber de él.

—¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros?

—André Gillon y Jean Chabrol fueron compañeros en un comando
anti-OAS
que actuó en Argelia al final de la guerra. ¿No le parece una coincidencia? Dos hombres que mueren con una diferencia de veinticuatro horas y que resucitan en la noche mientras los están velando.

—Sí, muy curioso.

—Lo es mucho más si tenemos en cuenta que Gillon, Chabrol y otros tres hombres cumplieron una misión en Argelia muy específica.

—¿A qué misión se refiere?

—Fueron a sacar del país al doctor Z.

—¿Doctor Z?

—Sí, ése el nombre con el que se le conoce. Era un checo que había instalado un laboratorio en las afueras de Argel. Un gran biólogo… El Gobierno francés consideró que la vida del doctor Z era muy preciosa. Según se me ha informado, sus experimentos eran pagados por nosotros. Repetidas veces se invitó al doctor Z a abandonar Argelia, pero él se negó. Entonces, las personas responsables de la seguridad de sus experimentos decidieron obrar por su cuenta. Enviarían un comando para secuestrar al doctor Z. Naturalmente, el único objeto era darle la seguridad de la metrópoli. Como usted sabe, en aquellos momentos la situación en nuestro país era muy delicada. Estábamos al borde de la guerra civil. Se quiso prescindir de nosotros para realizar este servicio. Como ya le he dicho antes, se eligió un comando
anti-OAS.
Ése comando estaba integrado por el capitán Charles Duval y otros cuatro hombres, André Gillon, Jean Chabrol, Roger Valland y Pierre Justin.

—Vaya, ya han vuelto a salir los dos muertos resucitados.

—No me interrumpa.

—Disculpe, jefe, ¿tiene un cigarrillo? Di los míos a los carceleros.

El Viejo sacó un paquete de cigarrillos y se lo entregó a Raymond. Esperó a que el agente hubiese arrojado una bocanada de humo para proseguir el hilo de su historia.

—El comando no pudo cumplir su misión.

—Entiendo, cuando llegaron al refugio del doctor Z, éste ya se había marchado.

—No, no es eso. Cuando el comando llegó al laboratorio, se encontró solo con humeantes ruinas.

—Vaya mala suerte… Pero ¿qué me dice del doctor Z?

—Fue dado por muerto.

—¿Se identificó el cadáver?

—Sí.

—Charles Duval. Había conocido al doctor Z, y por eso fue elegido como jefe del comando.

—¿Cuál es el final del cuento?

—Los cinco hombres que componían el comando regresaron a nuestro país y dieron cuenta a las autoridades del fracaso de su misión. Más tarde, Duval fue jubilado, y los otros cuatro hombres se reintegraron a la vida civil.

—¿Qué más?

—No hemos vuelto a tener noticias de ninguno de los cinco hombres que componían ése comando hasta hoy, en que el Primer Ministro me convocó a su despacho para entregarme un sobre que contenía las noticias respecto a los dos resucitados.

—¿Y qué ha dicho el Primer Ministro?

—Hemos de descubrir lo que se esconde detrás de esos resucitados.

—¿Por qué? ¿No cree usted que eso es de la competencia de la policía judicial? El Viejo miró hacia la puerta para cerciorarse de que nadie estaba escuchando. Pero la otra parte del corredor estaba vacía.

—No sabemos dónde están Charles Duval y Pierre Justin, pero hemos localizado a Roger Valland. Vive en Grenoble. Usted saldrá inmediatamente para allí. Tiene que hablar con él y traerlo a París.
—¿Y qué pasa si ofrece resistencia?

—Lo quiero en París, señor Duc, y esta vez no puedo decirle que vivo o muerto. Lo quiero vivo.

—Bueno, quizá también muerto le serviría… Ya sabe, luego resucita…

El Viejo le fulminó con la mirada.

—¿Qué hace ahí? ¡Levántese de una vez y póngase a trabajar!

CAPÍTULO V

Raymond Duc se detuvo ante la casa donde vivía Roger Valland.

La puerta estaba abierta y por ella entraba y salía la gente.

Raymond frunció el ceño y se apresuró a entrar también.

Al instante supo a qué se debía aquella aglomeración. En la casa había un muerto.

Cerró los ojos y los volvió a abrir porque, sin verlo, apostó a que el cadáver que estaba en el ataúd era justo el del hombre que iba a visitar. Según el informe de que el Viejo le había provisto, Roger Valland tenía esposa, pero no hijos.

En una sala vio mucha gente sentada.

A la derecha, unas puertas estaban abiertas y por el hueco llegaban rezos.

Raymond pisó el pie de un viejo y se disculpó.

Al fin pudo introducirse en la habitación donde estaba el muerto.

Allí estaba, en su caja de asas brillantes.

Raymond sacó una fotografía del bolsillo y la comparó con el muerto. Era la misma persona, Roger Valland.

Se inclinó sobre una viejecita.

—Perdone, ¿la señora Valland?

La viejecita se la señaló.

La viuda era una rubia con rostro muy sugestivo y le sentaba muy bien el luto, especialmente las medias.

Duc sopesó apreciativamente aquellas pantorrillas y se dirigió hacia ellas.

—Mi más sentido pésame, señora Valland.

La viuda alzó los ojos provistos de largas y sedosas pestañas.

Al ver la cara del hombre que se inclinaba sobre ella, brilló en sus ojos una lucecita de interés.

—¿Amigo de mi esposo?

—Amiguísimo. Roger y yo éramos como hermanos. Seguramente él le habló muchas veces de mí. Soy Raymond Duc.

Los hermosos ojos parpadearon.

—Me habló de un Raymond.

—Ése soy yo.

—Muy tímido con las mujeres.

—No, no soy ése.

—Entonces, no recuerdo.

—No se canse, señora Valland, me hago cargo de las circunstancias… Ya habrá tiempo para que usted y yo congeniemos…

—Oh, sí.

—¿Cómo fue el óbito, señora Valland?

—Roger estaba colgando un cuadro.

—Entiendo, se atizó un martillazo en la nuca.

—Oh, no, siempre se los pegaba en el dedo… Le dio un mareo y se fue para abajo… ¡Qué golpe se pegó en la cabeza, Dios mío…! Creí que la casa se iba a venir abajo… Allí se quedó el pobre…

—Muerto.

—Completamente. Acudí a su lado y le hice la respiración artificial de boca a boca.

Duc miró los carnosos labios de la viuda y tuvo la impresión de que los entreabría para indicarle de qué forma había hecho la respiración artificial.

Raymond se inclinó más sobre ella.

—¿Y luego? ¿Qué hizo luego?

—Llamé al doctor Pellier… Pero cuando llegó, sólo dijo lo que yo ya sabía.

—Que se podía poner el traje de luto.

—Sí, señor Duc.

—Llámeme Raymond… En estas horas amargas, usted necesita un amigo…

—Oh, gracias, Raymond —dijo la joven con una suave sonrisa—. Soy Danielle.

—No he comido, ¿sabe? Iré a tomar un bocado por ahí, vendré luego.

—Sí, Raymond —dijo Danielle, y Raymond creyó leer en sus ojos una súplica.

Fue al restaurante La Bandera Francesa y cenó.

Después de beber café, encendió un cigarrillo.

Ya había caído la noche.

Se metió en una cabina telefónica y pidió una conferencia. A la otra parte oyó al Viejo.

—Soy Raymond.

—¿Qué hace usted todavía en Grenoble, Duc? Ya debería estar en camino de París con Valland.

—Tendría que llevar conmigo el ataúd.

—¿Qué?

—Llegué demasiado tarde, jefe. Ya está muerto.

—Muerto, ¿eh?

—Sí.

—¿Se ha cerciorado?

—Lo vi en la caja, pero no le puse el oído en el corazón.

—Un fallo, Duc.

—Eh, oiga, un doctor de aquí, un tal Pellier, certificó el fallecimiento.

—También certificaron el fallecimiento en los casos anteriores.

—Entonces, usted supone que se va a poner a andar…

—Duc, ¿a qué distancia se encuentra de la casa?

—Sólo a unos cincuenta metros.

—Pues váyase, póngase al lado del muerto y no se mueva.

—Está bien, jefe. Allá voy con la viuda.

—Dije con el muerto.

—Desde luego, señor.

Duc colgó y se puso otra vez en camino hacia la casa del fallecido Roger Valland. Ahora la puerta estaba cerrada. Llamó y le abrió la viuda.

—¿Está sola?

—No, están dos vecinas conmigo. Preparan la cena en la cocina.

—Vaya, es una suerte que esto se despejase, ¿no le parece?

—Sí, había mucha gente. ¿Quiere pasar?

—Desde luego.

Las puertas de la habitación donde estaba el ataúd aparecían entornadas. La viuda rozó con su cuerpo a Duc.

—¿Decía usted…? —sonrió coqueta.

—¿Yo…? Oh, sí… Quería preguntarle por Charles Duval.

—¿Charles Duval?

—¿No le habló Roger de él? Fue su jefe durante la guerra de Argelia.

Roger hablaba poco de la guerra de Argelia. Sólo sé que estuvo allí. Cierta vez le dije que me contase cosas de la guerra y él me dijo que prefería olvidar todo aquello. Desde entonces no le molesté más.

—Entiendo. En tal caso, tampoco le hablaría de Pierre Justin, André Gillon, Jean Chabrol…

—Es la primera vez que oigo esos nombres.

—Ya —dijo Duc—. Quisiera beber un trago.

Danielle salió del *living*.

Duc había pedido el trago para quedarse solo.

Empujó la puerta y entró en la habitación del que estaba muerto.

Se acercó al ataúd flanqueado por los grandes velones.

El muerto estaba en su sitio. Sin embargo, se agachó sobre él.

—Perdón —dijo y le abrió el ojo derecho.

Tenía ya en la otra mano el encendedor y le pasó la llama por debajo del ojo.

El muerto no pestañeó.

Hecha aquella prueba, se inclinó sobre Valland y le puso el oído en el pecho.

No, el corazón no latía.

Se enderezó de nuevo y sopesó el encendedor en la mano mientras seguía observando el cadáver. Pensó arrimar la llama a las orejas del muerto.

De pronto sintió un ruido a su espalda.

Era Danielle, que traía una bandeja con una copa de *whisky*.

—Aquí tiene su trago.

—Gracias, Danielle.

Duc tomó la copa. Miró al muerto, negó con la cabeza y sonrió a la viuda.

—Salud, Danielle.

La viuda dio un suspiro y dijo:

—Salud.

Raymond bebió un largo trago. Luego, los dos salieron de la estancia y la viuda entornó de nuevo la puerta cerrándola.

—¿No bebe usted, Danielle?

—Ya lo hice… Y en qué cantidad… Tres copas.

Los ojos de ella brillaban mucho.

—¿Casado, señor Duc? —inquirió con un runruneo de gata.

—Oh, no.

—Yo, ya lo ve. Tampoco.

—Me hago cargo.

—¿De mí?

—Era una forma de hablar.

—Creí que…, como tiene usted un aspecto tan varonil… Aunque hay hombres que engañan… ¿Es usted de los que engañan?

Duc se pasó un dedo por el cuello de la camisa. Le venía estrecho. La próxima vez tendría que pedir un número superior.

La viuda dio un paso hacia él.

—No tenga miedo, señor Duc.

—No lo tengo.

—Quiero que lo sepa cuanto antes.

¿Qué tengo que saber?

Mi marido era un sinvergüenza.

—No me diga.

—Me engañaba con unas y con otras… No es que haya deseado su muerte. Después de todo, era mi esposo, ¿no le parece?

—Seguro.

—Pero no puedo perdonarle los malos ratos que me hizo pasar… Claro que yo… Bueno, usted me entiende. Pero, qué varonil es usted…

Danielle hizo como que daba un traspié, y Duc la sujetó por la cintura.

Quedaron muy juntos, ella ofreciéndole los labios entreabiertos.

—Se está quemando, Danielle…

—¿Usted no, Raymond…?

El, por toda respuesta la besó en la boca.

Danielle se aplastó contra él.

Duc oyó un ruido en la habitación vecina y miró por la puerta entreabierta.

Entonces, perdió interés por el beso.

A través de la rendija vio que el muerto estaba levantando una mano.

Se apartó de la joven.

—Danielle, tu marido te llama.

Danielle parpadeó.

—Raymond, no me gusta esa clase de bromas.

Danielle seguía colgada de su cuello y Raymond seguía mirando por el resquicio de la puerta.

Ahora, el difunto señor Valland estaba apoyando las dos manos para salir de su caja.

—Danielle, tengo que ir dentro.

—Deja a Roger quieto.

—Eso es lo malo, que él no está quieto.

—Raymond, no digas esas cosas.

—Si es la verdad, querida. Asómate y verás.

—¿Eh?

—Que te asomes y verás a tu marido dispuesto a correrse una juerga.

—Raymond, creí que eras un hombre más aprovechado.

Sin embargo, Danielle giró para mirar por el resquicio de la puerta.

—¡Dios mío…! ¡Se está levantando…!

Lanzó un grito y se derrumbó.

Duc la sostuvo antes de que cayese en el suelo.

Dos mujeres llegaron corriendo por el corredor desde la cocina.

—¿Qué pasa? —dijo la de más edad—. ¡Dios mío…! ¡Otra muerta…!

—Si se murió, la pueden poner en el ataúd que quedó vacío —dijo Raymond.

Las dos mujeres le miraron como si fuese un loco.

Raymond dejó a la joven en la alfombra y empujó la puerta que daba acceso a la habitación del muerto.

Roger Valland ya había salido del ataúd.

Las dos mujeres se pusieron a lanzar gritos. Volaron materialmente hacia la calle.

El muerto echó a andar. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en el hueco de la puerta, justo donde se encontraba Raymond.

—Eh, Roger —dijo Raymond—. Párate ahí.

Pero Roger Valland no se detuvo. Continuó andando, aunque lo hacía muy lentamente.

Roger —dijo Duc—. Quiero que me hables. Respóndeme.

El resucitado tampoco dijo nada. Su mirada estaba fija en un determinado punto, más allá de Raymond.

Duc retrocedió.

De pronto, sintió que unas manos atrapaban su pierna derecha.

Era Danielle.

La supuesta viuda alzó la cara y, al ver a Roger, Se puso a chillar como un demonio.

—¡Ayúdame, Raymond…! ¡Ha resucitado para ajustarme las cuentas…! ¡Él era un «santo»…! ¡Yo soy la única culpable…! ¡Se la pegaba, Raymond, se la pegaba…!

—Pues, hala, díselo ahora… A ver si de esa forma se detiene.

—¿Tú crees que me perdonará?

—Seguro.

Danielle lloraba de veras, pero seguía cogida a la pierna de Duc como una lapa.

—Roger, maridito, te juro que no lo haré más… No lo volveré a hacer… Dejaré en paz a tus amigos, no volverás a tener queja de mí…

Pero el resucitado parecía no escuchar a nadie, ni siquiera a su esposa.

Pasó junto a la pared y se dirigió a la calle.

—¡Suéltame, Danielle, he de detenerlo! —gritó Raymond.

—¡No, déjalo que se vaya! ¡Que no pare hasta que llegue a Siberia…!

—Se va a helar.

—Si ya estaba frío…

—¡Suéltame, Danielle!

El muerto Roger salió a la calle.

Duc trataba de ir detrás del resucitado, pero Danielle suplicaba, sollozaba sin soltar su pierna.

—¡No me dejes sola…! ¡Por lo que más quieras, no me dejes sola…! ¡Soy una mujer hermosa, me tendrás a mí…! ¡Y él sólo es un muerto…!

Duc se agachó sobre la joven. Le quitó las manos de la pierna, pero entonces Danielle se le agarró al cuello. Estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—¡Condenada, déjame salir!

—¡Estaré contigo siempre…!

—Sí, ya lo imagino, hasta que la muerte nos separe.

—¡No la nombres, Raymond!

Duc dio un salto para librarse de Danielle y echó a correr.

Danielle cayó mientras continuaba dando gritos.

Raymond vio al resucitado a la izquierda de la casa.

Había una gran niebla.

—¡Espera, Roger!

Echó a correr, pero de pronto, dos hombres salieron de junto a la pared y tuvo que interrumpir su paso.

—¿Adónde va, amiguito? —dijo un individuo de mejillas chupadas.

—Eh, ¿ustedes quiénes son?

—Los sepultureros.

—Entonces, entren en la casa y llévense el ataúd.

—¿Un ataúd vacío? No, preferimos el relleno.

—Entiendo, se quieren llevar a Roger.

A usted le van a dar una medalla por ser tan listo.

Duc oyó un zumbido que llegaba del cielo.

Identificó en seguida aquel ruido. Era un helicóptero.

Supo lo que iba a pasar y lanzó el puño contra Mejillas Chupadas.

El otro hombre se tambaleó, pero logró conectar la izquierda en su agresor.

Entonces, le golpearon por detrás.

Trató de volverse, aunque le estaban abandonando las fuerzas.

El ruido del helicóptero se había hecho más intenso en aquellos momentos.

Levantó la cabeza para ver el aparato y eso fue un grave error para él. Le volvieron a golpear en la cabeza, ahora en la nuca.

Sintió que el paisaje daba media vuelta completa.

La tierra acudió al encuentro de su cara y sobrevino el impacto.

En su garganta sintió el sabor del *whisky* que había bebido en la casa de Danielle.

Cerró los ojos y permaneció así cierto tiempo, no supo cuánto.

Oyó otra vez el zumbido por encima de su cabeza. El helicóptero se marchaba. Soltó un gemido al recordar, que en aquel helicóptero viajaba el tercer muerto que había resucitado.

Y él había fracasado al intentar detenerlo.

CAPÍTULO VI

—¡Ha fracasado, Duc! —dijo el Viejo.

—Sólo esperaba encontrarme con un resucitado, pero tuve que hacer frente a un ejército y a todo un plan de campaña.

—¡Necesitábamos a ese hombre, a Roger Valland…! ¡Y usted lo dejó escapar en sus propias narices…!

—Ahora sabemos lo que hacen después de resucitar.

—¿Qué cosa?

—Viajan en helicóptero.

El Viejo hizo un gesto rabioso.

—¡No estoy para bromas…! Dentro de un rato me recibirá el Primer Ministro y tengo que contarle la historia… ¿Qué cree que va a decir?

—Dígale que estamos sobre la pista.

—¡Eso es falso! ¡No sabemos siquiera cuál va a ser nuestro próximo paso…!

—Faltan dos hombres a la lista… Charles Duval y Pierre Justin. ¿Dónde están ellos?

—No lo sabemos, Raymond…

—Pero, al menos, sabrá dónde fueron vistos por última vez…

—Charles Duval fue localizado en Montevideo. Pero eso fue hace dos años.

—¿No está allí ya?

—Hace un año desapareció de Montevideo y nadie puede localizarlo…

—¿Qué hay de Pierre Justin?

—Las últimas noticias de él nos llegaron de París.

—Estupendo. Si está aquí, lo encontraremos.

—Raymond, ¿qué se cree que soy yo? He puesto a una docena de hombres sobre la pista de Pierre Justin y no ha dado ningún resultado… Sólo sabemos que, hace seis meses, Pierre Justin estaba

en una pensión de la calle Grieve, y luego, se acabó…

—No me diga que se murió en la pensión de la calle Grieve.

—No, no se murió. Un buen día atrapó su maleta y se marchó sin decir adónde iba.

Desde entonces, no ha sido visto por sus amigos…

El jefe tenía sobre su mesa unas fotografías.

—Aquí tiene a los dos —dijo—. Pierre Justin y Charles Duval.

Raymond observó las fotografías.

Charles Duval era un hombre de unos cuarenta y cinco años. Tenía más aspecto de intelectual que de jefe de un comando.

Pierre Justin, por el contrario, daba físicamente la impresión de lo que realmente era.

Un gorila. Poseía cejas espesas, la nariz ligeramente torcida.

—Señor, se me está ocurriendo una idea —dijo Duc.

—Hable, Raymond.

—Sustituiré a Pierre Justin.

—¿Eh…?

—Me haré pasar por Pierre… Buscaré un empleo Haré notar mi presencia para que se me dé la mayor publicidad… Entonces, sólo tendré que esperar a que vengan por mí.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida.

—¿Por qué lo considera así, jefe?

Los amigos de Pierre Justin lo conocen bien…

—Eso no es un obstáculo insalvable.

—Raymond, usted está en baja forma, y ya he decidido sustituirlo en este servicio.

—Eso sería injusto, jefe.

—¿Va a discutirme a mí lo que es justo o injusto? ¿Cree que está ante un tribunal…? Soy el jefe de los servicios más importantes del Deuxiéme Bureau… Cualquiera de ustedes se puede equivocar… ¡Pero no yo…! Le enviaré a México para hacer un trabajo de rutina… Pasará allí dos semanas y eso le vendrá bien.

—Respetuosamente, creo que se equivoca.

—No admito discusión acerca del tema. Puede marcharse, Raymond, Prepárese para salir mañana hacia México.

—Sí, señor.

La secretaria del Viejo, Monique, había ido a Marsella para visitar a su hermana que estaba enferma.

Su lugar era ocupado ahora por una mujer seca, con gafas de alta graduación y aire de eficiencia.

Raymond echó de menos a Monique.

Siempre había sido el mejor paño de lágrimas.

Cruzó el antedespacho y salió al corredor.

Poco después, entraba en el Departamento de Identificación.

Una hora más tarde, el Viejo vio cómo se abría la puerta de su despacho.

Dio un salto en el sillón al ver a su visitante.

—Señor Justin —dijo—. ¿De dónde sale? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

El hombre de cejas espesas y nariz un poco torcida entró en la estancia, no dijo nada y se acercó a la mesa dando un gruñido.

El jefe entornó los ojos observando atentamente la cara de aquel hombre.

—No diga que está muerto o que le hipnotizaron.

—No, jefe, no estoy muerto ni me hipnotizaron.

Entonces, el Viejo dio un respingo al oír la voz de Raymond Duc.

—¿Qué significa esto, señor Duc?

—Todo el mérito corresponde a Paul Lesort, aunque debo decir que hizo el trabajo con mi asesoramiento. Señor, aquí le devuelvo la fotografía de Pierre Justin.

—¡La tomó sin mi permiso!

—Perdone, pero tuve que hacerlo…

—Muy bien, señor Duc. Ha demostrado que puede pasar ante mí como Pierre Justin. Pero estoy seguro de que no podrá hacer lo mismo con los amigos de Pierre Justin.

—Yo apuesto a que sí. Dígame sinceramente cuál de sus agentes podría superar este disfraz.

El jefe fue a contestar, pero se quedó con la boca abierta.

Finalmente, pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Raymond, creo que estoy cometiendo el mayor error de mi vida! Usted no está en condiciones para trabajar. Aquellos hombres se deshicieron fácilmente de usted y Valland embarcó en el helicóptero…

—Me pillaron por sorpresa… Un fallo lo puede cometer cualquiera.

—¡Cualquiera sí, pero no un agente a mi servicio…!

—Sí, señor.

—Admito que los hombres que trabajan conmigo han de arriesgar su vida constantemente y por eso mismo deben saber cuidarse. No puedo consentir que se expongan estúpidamente. ¿Sabe cuánto le cuesta al Gobierno preparar a un hombre como usted para realizar las misiones que se le encomiendan? ¡Entérese de una vez! ¡Usted, señor Duc, o cualquiera de sus compañeros, cuesta al Gobierno más de diez millones de francos!

—Entiendo. Cuando uno de nosotros muere, es la ruina…

—Digamos solamente que el Gobierno hace uno de sus peores negocios.

—Sí, señor.

—Celebro que lo comprenda.

El jefe tabaleó sobre la mesa con un lápiz.

Raymond contuvo la respiración. Sabía que su superior estaba pensando en los pros y en los contras de seguir confiando en él para aquel trabajo de los resucitados…

—Raymond…

—Diga, señor…

—Le voy a dar una nueva oportunidad.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor.

—Pero tiene que prometerme que no volverá a cometer un fallo.

—Prometido, señor —dijo Raymond, levantando la mano derecha.

—Recuérdelo bien. Suponiendo que su plan fracase, quizá entren en contacto con usted de una forma violenta. Matándole.

—Estupendo, señor… Luego, me resucitarán.

—Me temo que a usted lo matarían para siempre.

Raymond exhaló el aire de los pulmones y dijo:

—Es posible, señor.

CAPÍTULO VII

Raymond Duc, bajo su personalidad de Pierre Justin, se había empleado en una estación de servicio en un pueblo, Laroque, a unos ochenta kilómetros de París.

Su patrón era una mujer, una rubia de unos treinta y cinco años, que respondía al nombre de Anne Vincent.

Ella atendía el restaurante y el bar.

Raymond estaba encargado de servir gasolina de cualquiera de los tres postes, de servir el aceite, de limpiar los parabrisas, de servir el aire para los neumáticos…

La estación de servicio era muy concurrida, y ahora Raymond en uno de los raros descansos, se estaba limpiando el sudor de la cara.

Era su primer día de trabajo.

El puesto lo había conseguido por el sencillo procedimiento de presentarse allí después de haber leído el anuncio de un diario.

Anne Vincent lo había mirado de pies a cabeza aquella mañana a las ocho y, sin hacer preguntas, lo había aceptado.

De vez en cuando, Raymond se sentía vigilado por Anne desde el ventanal del restaurante.

Un compañero de Raymond, un viejo llamado Marcel Sinoir, se le acercó.

—El… Pierre, la patrona dice que puedes concederte media hora de respiro.

—Gracias.

—Puedes ir a tomar un café. La patrona invita.

En el restaurante se reunían una docena de camioneros. Sus grandes vehículos estaban aparcados en el sitio que, expresamente, les estaba destinado.

Raymond entró en el local.

Los camioneros hacían un ruido de mil diablos.

Algunos discutían acaloradamente.

Casi todos eran tipos fuertes, hombres avezados al trabajo duro.

Raymond se acercó al mostrador.

Su patrona se acercó al mostrador.

—Parece que no te asusta el trabajo.

—No, señora.

—No me llames señora. Dejé de serlo hace mucho tiempo —la rubia sonrió—. Quiero decir que estuve casada, pero mi marido me resultó un vago, ¿sabes…? Se pasaba el día tumbado en la cama, mientras yo trabajaba como una loca. Tuve que despacharlo. Pero no creas que me resultó barato el divorcio. El muy canalla de vago me pidió diez mil francos. Tuve que dárselos. ¿Un café?

—Sí, gracias.

Cuando le puso el café delante, dijo:

—No me he vuelto a casar. Estoy mucho mejor así. El vago me dio una hija. Ella es una chiquilla preciosa. Sólo tiene doce años… La tengo en París en el colegio. Es lo que me dije yo: Ella tendría lo que yo no había tenido. Lo primero es la educación. Está en un buen colegio, ¿sabes?, de los mejores…

Anne apoyó los dos brazos en el mostrador.

Su vestido tenía un gran escote.

Raymond miró allí y vio un paisaje conmovedor.

Anne dijo:

—Todavía no sé nada de ti, Pierre.

—No hay nada que contar.

Ella rió mientras decía:

—Por regla general, los tipos que dicen que no tienen nada que contar son los de las mejores historias…

—¿De veras?

—Sí, tengo experiencia…

En aquel momento se abrió la puerta y entró en el local un hombretón dando voces.

Atrapó a otro camionero por el hombro y le soltó un puñetazo en la cara.

Su víctima se fue contra un grupo de clientes y de esa forma evitó la caída.

El que le había golpeado blandió el puño.

—Anda, Lucas, aquí me tienes… Ven a por más.

El llamado Lucas estaba echando sangre por la boca.

—No quiero peleas, Goliat.

El llamado Goliat, el que había pegado, soltó una carcajada.

—Miren al Mataniños. Lo pasé en la curva y se metió con mi madre.

—No hiciste sonar el claxon, Goliat. La curva era muy cerrada… Podías haber causado una catástrofe.

—¿Para qué tienes el espejo retrovisor, Lucas?

—A pesar del espejo retrovisor, tú debiste hacer sonar el claxon para indicar que me ibas a adelantar, y no debiste pasarme en la curva.

—Yo paso en donde me da la gana. ¿Queda entendido, Lucas? ¿O necesitas que te lo meta en los sesos a puñetazos?

Lucas soltó un gruñido. Dio media vuelta y se fue hacia una mesa mientras restañaba la sangre con el pañuelo.

Goliat soltó otra risotada y se dirigió hacia el mostrador.

—Hola, preciosa —le dijo a la rubia—. ¿Sabes que he pensado mucho en ti…?

—¿Qué vas a tomar, Goliat?

—A ti con patatas fritas —repuso Goliat, y soltó otra estruendosa carcajada.

Algunos camioneros también rieron.

Raymond estaba bebiendo tranquilamente su café.

La rubia puso un brazo en jarras y contestó a Goliat.

—Te voy a dar un consejo, muchacho.

—Anda, dime, debe ser bueno.

—Atate una piedra al cuello y tírate al mar…

Goliat se echó sobre el mostrador para atrapar con sus largos brazos a Anne.

Pero ella saltó a tiempo.

—Estate quieto, Goliat.

—Pero si estás loca por mí. Se te nota en los ojos.

—Como adivino, no te ganarías la vida.

—Anda, querida, tienes que ser muy buena conmigo.

¿Sabes una cosa? He apostado cincuenta francos a que te doy un beso… Y tú no querrás que yo pierda cincuenta francos…

—Estás chiflado si crees que me voy a dejar besar por tu bocaza… —Bueno, aquí dice: «Se sirve de todo…»—. Mi persona no está en venta.

—¿Por qué no eres más generosa con tu amigo Goliat?

—Dime lo que te sirvo.

—Está bien… Un bocadillo de queso y un buen vaso de vino.

La mujer desapareció en la cocina.

Uno de los camioneros se acercó a Goliat.

—¿Por qué no me pagas ya los cincuenta francos?

—Porque vas a ser tú quien los pague, Marcial.

—Oí lo que te dijo ella del beso…

—He dicho que la besaré. De modo que, ya puedes preparar el dinero…

—No valdrá si entras en la cocina y vuelves diciendo que la has besado.

—Claro que no. ¿Quién crees que soy? La besaré aquí, delante de todos.

Raymond chascó la lengua y miró a Goliat.

—No debe hacer eso.

—¿Qué cosa?

—Besarla a la fuerza.

Goliat alzó poco a poco la cara, reflejando asombro.

—Eh, ¿quién me dice eso?

—Pierre Justin.

—Vaya, un niño mono. No te vi antes por aquí… ¿Qué haces?

—Estoy empleado con Anne.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy.

—Ya quieres hacer méritos, ¿eh?

—He oído todo lo que has dicho desde que entraste, precisamente.

—¿Y qué más?

—Besar a una mujer a la fuerza está muy feo.

Goliat levantó la mano y golpeó con el dedo índice el pecho de Raymond mientras decía:

—Oye, hermanito, métete en tus cosas…

En aquel momento salió la rabia de la cocina.

—Aquí tienes el bocadillo de queso.

Goliat dejó de prestar atención a Raymond y sonrió a la hermosa Anne.

—Falta el vaso de vino.

—Todo a su tiempo. Ahora lo sirvo.

Goliat guiñó un ojo al camionero que había apostado con él.

—¿Lo oíste, Marcial? Todo a su tiempo…

La rubia llenó un vaso de vino y lo dejó al lado del mostrador donde estaba Goliat.

En ese preciso momento, Goliat atrapó a la joven por los brazos.

—¿Qué haces, gorila?

—Soy Goliat y no gorila —rió él.

—Déjame…

—Anda, dame un beso.

—¡Que te lo dé tu tía!

—Está bien. Es asunto mío.

Todos los camioneros estaban pendientes de lo que pasaba en el mostrador.

Raymond Duc dejó la taza de café en el plato y salió del taburete.

Tocó en el hombro a Goliat y éste volvió la cabeza.

Entonces, Raymond le disparó el puño a la cara.

Goliat se tambaleó. Pero no había apartado las manos de Anne y casi sacó a ésta de cuajo del mostrador.

Raymond siguió al camionero y le metió la izquierda en el estómago.

Goliat se quedó sin aire, y ahora dejó a la rubia, que no había dejado de vociferar.

Anne cayó a la otra parte y arrastró consigo el vaso de vino y el bocadillo de queso.

Goliat lanzó un rugido que más le asemejó a una fiera que a un ser humano.

—Hermanito —dijo—. Te voy a desmembrar.

Levantó los brazos, cerró los puños y echó a andar hacia Raymond.

Éste retrocedió poco a poco.

—¿Qué te pasa? —rió Goliat—. ¿Es que ya perdiste todo tu coraje?

Ahora en el bar-restaurante se podía oír el vuelo de una mosca.

Goliat ya no pudo esperar más.

Se lanzó como una tromba hacia Raymond.

Éste le golpeó una, dos, tres veces en el estómago.

Goliat atrapó a Duc por el cuello y lo impulsó con fuerza.

Raymond salió disparado a través del local.

Los hombres se apartaron a su paso.

Finalmente, cayó sobre una mesa que convirtió en astillas.

Raymond tomó una silla y la lanzó contra Goliat, que iba hacia él.

Entonces, ocurrió lo bonito.

Goliat atrapó la silla como si fuese una naranja y luego la reenvió contra Duc.

Éste se agachó muy aprisa y la silla pegó contra uno de los camioneros, que cayó en tierra lanzando un grito de dolor.

Goliat se encorvó mientras hacía chascar los dedos, los ojos fijos en la cara de Duc.

—Ven aquí, minino, que te voy a pisar la cola. Se puso otra vez en movimiento.

Raymond decidió olvidar las reglas del boxeo.

Se imponía el karate.

Dejó que Goliat se le acercase más, y entonces él dio unos pasos hacia adelante.

Golpeó en la clavícula de Goliat con el filo de la mano.

La cara del grandullón se crispó con un gesto de dolor.

Raymond sabía que no podía concederse descanso.

Bastaría un manotazo de aquel cuadrumano para convertirlo en papilla.

Le dio otro golpe de karate y luego le hundió los dedos en el hígado.

Goliat abrió la boca y por aquel enorme hueco soltó un gruñido de protesta.

Raymond lo inclinó hacia delante pegándole en el grueso pescuezo.

Goliat se quedó un momento sin respiración.

Raymond aprovechó en aquel mismo instante para acabar con su víctima con un terrible golpe en la paletilla.

El camionero fanfarrón se vino abajo. Quedó tendido en el suelo de bruces, tan inmóvil como un rinoceronte cazado con un «bazooka».

Los compañeros de Goliat estaban asombrados sin querer dar crédito al resultado de aquella pelea.

Pero la persona más asombrada era la rubia Anne.

—Vuelvo a mi trabajo —dijo Raymond—. Ah, y gracias por el café. Resultó bueno. Luego, salió del local.

CAPÍTULO VIII

Aquella noche, Anne Vincent dio las gracias a Raymond Duc por su intervención.

Fue una noche muy larga y un agradecimiento extremadamente generoso.

Al día siguiente, Raymond tuvo la seguridad de que la noticia de su historia sobre Goliat se iba a saber en muchos lugares de Francia.

Los camioneros eran los mejores mensajeros.

Sí, todo el mundo sabría que Pierre Justin había vencido a aquel tipo que era el terror de las carreteras.

A mediodía, el viejo Sinoir se acercó a Raymond en el poste de gasolina.

—La patrona dice que vayas.

—¿Para qué?

—Te tiene preparado un ponche… Dice que trabajaste demasiado.

Raymond sacudió la cabeza y fue al bar.

Anne se había puesto una blusa fascinante y una falda muy estrecha.

Acarició con los ojos a Raymond y dijo:

—Pierre, no debes esforzarte demasiado… durante el día.

—Sólo cumplo con mi deber.

—Sí, ya estoy viendo que eres un muchacho muy cumplidor —repuso Anne con la sonrisa del demonio.

Raymond bebió el ponche y regresó al poste de servicio.

Aquella mañana no ocurrió nada de particular.

Pero todo cambió a las tres de la tarde.

Fue entonces cuando empezaron a complicarse las cosas para el agente del Deuxiéme Bureau.

Estaba inclinado sobre un barril de aceite, cuando oyó frenar un coche con grandes chirridos.

Era un auto deportivo en el que viajaba una sola persona, una pelirroja de unos veinticuatro o veinticinco años.

Ella abrió la portezuela, y Raymond pudo ver sus piernas.

Al instante, su garganta empezó a resecarse, y no fue por efecto del sol.

Fueron las piernas de la pelirroja.

Era el mejor par de piernas que Raymond Duc había visto hacía muchos meses.

—¿Se va a quedar todo el rato contemplándome? —dijo la pelirroja, que se había puesto a pintarse los labios.

Raymond se irguió poco a poco, subiendo también los ojos por las piernas. La falda de la joven estaba más allá de las rodillas.

—¿Qué quiere?

—Gasolina.

—¿Y qué más?

—¿Puede darme algo más?…

—Eso depende.

La chica era atrevida y Raymond se dijo que también tenía que serio él.

Se acercó al auto.

La pelirroja poseía unos ojos verdemar en los que uno podía leer la historia completa de los siete pecados capitales.

—Le dije que quiero gasolina, Nariz Torcida —dijo ella.

Raymond estaba muy orgulloso de lo que habían hecho con su cara en el departamento de identidad. Su parecido con Pierre Justin era irreprochable, de acuerdo con la fotografía del individuo desaparecido del
anti-OAS.

Raymond sirvió la gasolina.

—Falta un poco de aceite —dijo.

—Pues póngalo, Nariz Torcida.

—A la orden, princesa —repuso Raymond con aire sardónico.

Luego, le limpió el parabrisas.

La pelirroja había terminado con sus labios, pero estaba atendiendo ahora sus ojos.

En un momento determinado, miró a Raymond a través del cristal y le sacó la lengua en tono de burla.

Raymond le correspondió con una sonrisa y continuó su trabajo

de limpieza.

Finalmente, se apoyó en la portezuela del lado del volante, donde estaba la pelirroja.

—¿Cómo se las arregla una chica como usted para divertirse sin un hombre como yo?

—No tiene abuelita, ¿eh, Nariz Torcida?

—No tengo a nadie en el mundo.

—Qué solito debe encontrarse…

—No lo sabe usted bien. Todas las noches, cuando estoy en mi cama, canto la canción:

Te marchaste, traidora, y mis sábanas quedaron frías…

—Debe ser muy bonita.

—¿Se la canto esta noche?

—Tendría que hacer muchos méritos para eso…

—Lo intentaré.

—Me hospedo en el hotel Republic, de Laroque, y soy Mylene Morgan.

Sacó unos billetes que entregó rápidamente a Raymond.

El auto arrancó tan rápidamente que Raymond se tambaleó.

—¡Eh, la vuelta!… —gritó él.

—Démela en el hotel —contestó Mylene mientras apretaba a fondo el acelerador.

Raymond sonrió para sí.

Pero se hizo una pregunta: ¿Quién era la pelirroja? Conocía su nombre, Mylene Morgan, pero ¿tendría algo que ver con la misión que el jefe le había confiado?

De pronto, oyó una voz a su espalda.

—¿Quién era ella?

Se volvió.

Allí estaba Anne, muy seria.

—No sé.

—Te vi conversando con ella.

—Sólo era acerca del auto.

—¿Le pasa algo al auto?

—Le faltaba aceite.

—¿Al auto o a ella?

Sin esperar una respuesta, Anne dio media vuelta y regresó al local.

Raymond se rascó tras de una oreja.

Los celos de una mujer eran condenadamente malos, especialmente cuando uno trabaja en un servicio importante para el Deuxiéme Bureau.

A las seis terminó su turno.

Anne le había dado una habitación en el piso de arriba del restaurante.

Se enjabonó bien en la ducha y dejó correr el agua sobre su piel.

Luego, se vistió. Traje gris, camisa blanca y corbata.

No olvidó la pistola, que guardó bajo la axila.

Iba a salir de la habitación, cuando se abrió la puerta y apareció Anne.

—¿Dónde vas?

—Daré una vuelta por el pueblo… Todavía no lo conozco.

—Creí que te quedarías aquí para echarme una mano en el bar.

—Luego te echaré las dos —dijo Raymond, y la besó en los labios con fruición.

Ella cambió de tono.

—No me gusta que vayas al pueblo solo. Estás demasiado interesante.

—Quiero escribir un par de cartas.

—Las puedes escribir aquí.

Raymond le pellizcó la barbilla y la besó de nuevo.

—Querida, si me aparto de ti un par de horas, te echaré mucho más de menos…

Le sonrió enseñándole los dientes y se apartó de Anne.

Cuando iba a bajar la escalera se detuvo.

—¿Puedo llevarme un coche, Anne?

—Sí, la furgoneta. Es una buena idea. Así volverás más pronto.

—Gracias.

Laroque era un pueblo de unos doce mil habitantes.

Raymond dejó la furgoneta frente al hotel Republic.

El encargado del registro era un hombre calvo, cuyos lentes cabalgaban casi en la punta de la nariz.

—¿Mylene Morgan?

—¿Quién es usted?

—Pierre Justin.

—Oh, sí, ella me dijo que usted vendría. Habitación 12, segunda

planta.

Raymond le dio las gracias y subió en el ascensor a la segunda planta.

De la habitación número 12 le llegó una música melodiosa, suave.

La puerta le fue abierta por Mylene.

Se cubría con una blusita de encaje negro y una falda roja.

Tenía un cigarrillo en la mano.

Sus ojos brillaban mucho y Raymond llegó a la conclusión de que estaba bebiendo.

—Creí que ya no venía, Nariz Torcida.

—Nunca dejo plantada a una dama —repuso Raymond entrando en la estancia.

La música llegaba de un tocadiscos.

Sobre la mesa, Raymond vio una bandeja con dos vasos. Uno de ellos contenía *whisky*.

—Con permiso —dijo.

Tomó la botella y se escanció una buena ración en el vaso que estaba vacío.

La pelirroja dio una chupada al cigarrillo.

Raymond bebió un trago y ella dijo:

—Tienes la cara muy dura.

—Es lo que vale hoy día, princesa.

—¿Tú crees?

—No siempre fui así, ¿sabes?… Fui un buen chico… hasta los nueve años. Entonces, me rompieron la nariz. Decidí cambiar y me va bastante bien.

Raymond dejó el vaso en la bandeja.

Se acercó a la joven y la tomó por la cintura.

Ella sonrió, mirándole a la cara, mientras se dejaba llevar por Raymond siguiendo el ritmo de la música.

—¿Qué es lo tuyo, Pierre?

—Ya lo viste. Empleado de una estación de servicio.

—Tienes madera para otras cosas…

—Eso digo yo —contestó él y la besó en la comisura de los labios.

Mylene echó la cabeza atrás y le miró de través.

Raymond vio ahora, en sus ojos, no sólo a los siete pecados

capitales, sino tres más de propina.

—¿Te gusta el dinero, Pierre?

—Soy capaz de todo por él, menos de robarle a un ciego.

—Tengo un buen negocio en perspectiva.

—Yo también —dijo Raymond, y la besó en el cuello.

—Deja eso —dijo ella, tomándole por el Cabello y tirando de su cabeza para apartarlo.

—¿Por qué cosa mejor?

—Por la plata, tonto… Ya te lo he dicho.

—¿No puedes reservarlo para luego?

—No, ahora.

—¿De qué se trata?

—De un millón de francos.

—¿Hay tanto dinero junto en alguna parte?…

—Debí suponer que un mozo de una estación de servicio no podía ser ambicioso.

Raymond la apretó contra sí con fuerza y dijo:

—Claro que tengo ambición. Por ejemplo, ahora te ambiciono a ti.

Mylene entornó los labios y él los besó, porque los había encontrado muy jugosos.

Sintió que el cuerpo de ella se estremecía.

—Bandido, no sigas —dijo ella.

—¿Qué te pasa? Si tú lo deseas, no debes ofrecer resistencia o te crearía un complejo muy gordo.

—No perdamos la cabeza, querido. Ahora debemos hablar de negocios.

—Los negocios que es el plato fuerte, para después… Ahora quiero el aperitivo…

Fueron al diván.

Al cabo de media hora, ella dijo:

—Eres odioso, Nariz Torcida.

—¿Por qué?

—Porque te saliste con la tuya.

Raymond tomó el vaso de *whisky* sonriente, y ella desarrugó su vestido y se puso en orden el cabello.

—¿Siempre eres así, Pierre…?

—Sólo con las pelirrojas como tú…

—Creo que eres el mayor hijo de perra que he conocido en mi vida. Apuesto a que haces lo mismo con las rubias y con las morenas.

Raymond se encogió de hombros.

—Uno tiene que vivir.

Había bebido un trago de su vaso y de pronto se tomó la cabeza con las dos manos.

—¿Qué te pasa, Pierre?

—Estoy un poco mareado.

—¿Por qué?

—Creo que por el alcohol.

Raymond jugaba con ventaja. Había visto cómo ella, en un momento determinado, echaba algo en su vaso.

Podían ser unos polvos o una píldora.

Por ello, había simulado beber aquel último trago.

Ahora ya estaba seguro de que Mylene Morgan había establecido contacto con él intencionadamente y eso quería decir que tenía relación con el doctor Z, y con el misterio que rodeaba a los tres resucitados del comando
anti-OAS.

—Demonios, ¿dónde está el cuarto de baño?

—Allá a la izquierda.

Se levantó y fue tambaleándose hacia allí.

En el camino, se llevó el vaso a la boca para que Mylene creyese que estaba bebiendo.

Se metió en el cuarto de baño y volcó el contenido del vaso en el lavabo.

Luego, otra vez dando traspiés, salió llevando en la diestra el vaso vacío.

—Demonios, esto cada vez se pone peor.

—Querido, siéntate en el diván… Se te pasará.

—Sí, será lo mejor.

Hizo como que le flaqueaban las piernas y se derrumbó Quedó tendido en el suelo, inmóvil, los ojos cerrados.

Bueno, ya había hecho la comedia y estaba ansioso de saber lo que iba a venir a continuación.

Oyó una risita.

Era Mylene Morgan.

—Pierre, querido, puedes acabar con la comedia.

Siguió inmóvil.

—Pierre, tengo que decirte algo muy importante. Efectivamente, dejé caer unos polvos en tu vaso mientras me hacías el amor… Pero tú no sabes lo más importante, y es que se trata de unos polvos inofensivos…

Tu farsa no te sirve para nada… Te lo aseguro, Raymond Duc, agente del Deuxiéme Bureau…

CAPÍTULO IX

Raymond ya no tenía por qué estar en el suelo tendido con los ojos cerrados.

Había oído perfectamente a Mylene.

Ella lo había llamado por su nombre y había dicho cuál era su profesión.

Abrió los ojos y vio las piernas femeninas.

Fue un consuelo observar una vez más aquellos hermosos remos de tobillo fino y pantorrillas sensuales.

Pero enseguida dejó de prestar atención al fascinante par de piernas para dedicarlo a otra cosa.

A una pistola.

Mylene la esgrimía con la mano derecha y le estaba apuntando a él.

Con la otra mano sostenía un humeante cigarrillo, y en sus labios había una sonrisa de triunfo.

—Eh, nena, ten cuidado con eso… Se puede disparar.

—Se disparará en cuanto yo apriete el gatillo.

—Supongo que no harás tal cosa… Recuerda, soy el chico que antes estaba contigo en el diván. Y no me negarás que lo pasaste bomba.

—Fue un desliz por mi parte.

—¿Me vas a decir que no estaba en tu programa?

—No, querido, no lo estaba. Si el doctor Z se enterase de que te dejé llegar tan lejos, me ajustaría las cuentas.

—¿Quién es el doctor Z?

—Mi patrón.

—Un sacamantecas, ¿eh?

—No eres tú el que tiene que hacer las preguntas, Raymond…

Duc se puso en pie sacudiéndose los pantalones.

—Sé lo que vas a hacer ahora, querido —dijo ella—. Te vas a

lanzar sobre mí para quitarme la pistola, pero te voy a asar antes de que te acerques. Raymond sonrió, porque ella había adivinado lo que él justamente iba a hacer.

—Nena, parece que tú te las sabes todas.

—Soy un pozo de sabiduría… A los dieciséis años hice que mi tutor se ahorcase. El pobre creyó que estaba contaminado porque se enamoró de mí. Y el muy estúpido no supo que fui yo quien le enamoré…

—Debió ser un tipo muy honrado.

—No lo creas… Todos los hombres tenéis vuestro cuarto de hora flaco.

—¿También yo, querida?

—Dejemos ya esta discusión familiar, Raymond.

—Sí, dejémoslo… Anda, guarda la pistola y volvamos otra vez a la escena del diván…

Así diciendo, Raymond dio un paso hacia el diván, pero no dio el segundo, porque Mylene le amenazó:

—Si te mueves un poco más te mando al infierno, Nariz Torcida. A propósito. Ya te puedes quitar la nariz.

—Me la pegaron muy bien… Si te parece, podemos dejarla como está… Pero, dime, querida, ¿cómo supiste que yo no soy Pierre Justin?

—Adivínalo.

Raymond pensó por unos instantes y, finalmente, dijo:

—Creo que lo comprendo.

—¿Eres también un pozo de sabiduría?

—Pierre Justin es de los vuestros…

—Premio.

—Entonces, hay algo que no comprendo, pelirroja.

—¿Qué cosa es?

—Pudisteis dejarme en la estación de servicio para el resto de mi vida. Me hubiese hecho viejo poniendo gasolina y limpiando los cristales de los parabrisas, sin que hubiese pasado nada.

—Sí, es posible, pero el doctor Z pensó de otra forma.

—Vaya, es una sorpresa. El doctor Z me ha hecho un gran honor al ocuparse de mí.

—Quiere verte.

Raymond se frotó las manos.

—Yo también quiero verle a él…

—Qué estupenda coincidencia.

—¿Nos vamos ya? —dijo Raymond echando a andar hacia la puerta.

—Párate ahí o te dejo cojo.

—Sí, querida, como tú quieras.

—Tienen que venir a por vosotros.

—¿Quiénes tienen que venir?

—Unos chicos muy serviciales…

—¿Acaso tienen miedo de que tú y yo nos perdamos?

—Deja de hacerte el ingenioso.

—Está bien, nena, pero aprovecharemos el tiempo… Al diván.

Raymond se detuvo al ver que Mylene le apuntaba al pecho.

Dio un suspiro y ocupó un sillón.

—De acuerdo, preciosa, nos contaremos cuentos.

En aquel momento se abrió la puerta y aparecieron dos hombres.

Raymond no los había visto hasta ahora.

Los dos eran muy grandes, de cabeza redonda, nariz chata y pelo muy corto.

Uno tenía aspecto de oriental.

El otro mostraba una cicatriz en la mejilla izquierda.

—Bienvenidos, muchachos —dijo Raymond con jovialidad—. Sírvanse *whisky*. Justo llegan a la fiesta cuando se va a iniciar.

Mylene se levantó.

El tipo con cara de oriental dijo:

—¿Tuviste dificultades, Mylene?

—Ninguna. Cayó como un pájaro tonto.

—Está bien… Emprenderemos el viaje inmediatamente… Levántese, señor Duc.

—Con mucho gusto. Ya estaba impaciente.

El oriental fue por detrás de Raymond.

—Póngase las manos en la nuca.

—¿Para qué?

—Obedezca si no quiere escupir todos los dientes de una sola vez…

—Así me gusta… Que sean correctos conmigo —dijo Raymond y llevó las manos a la nuca.

El oriental lo despojó de la pistola en un instante. Pero, no contento con eso, le registró desde el cuello hasta la vuelta del pantalón.

Luego el oriental se retiró unos pasos y dijo:

—Quiero que escuche mis órdenes, señor Duc.

—Escupa por esa boca.

—No quiero que haga ningún intento para el rapar.

—Estoy deseando conocer al doctor Z. Ya le dije a la pelirroja que considero esta entrevista como una de las recompensas de mi vida.

—Tenemos intención de llevarle vivo hasta el doctor, pero, si usted lo prefiere, lo llevaremos como un fiambre.

—¿Enlatado?

—Guarde sus bromas para el doctor Z, señor Duc.

—Oh, sí, desde luego, con él pienso exhibir mi mejor repertorio.

—Lo dudo, señor Duc —sonrió el oriental—. Ahora vamos a salir del hotel. Tenga cuidado…

El compañero del oriental tenía la pistola en la mano, de modo que ya no hacía falta que la pelirroja le apuntase.

Mylene guardó el arma en un bolso.

—Tengo la maleta preparada —dijo.

Poco después abandonaban el hotel.

Lo que la pelirroja y sus dos compañeros no sabían, era que, Raymond Duc no tenía la intención de escapar.

¿Qué iba a adelantar Raymond con huir?

En el mejor de los casos, logrando alejarse de ellos, se quedaba sin pista. No, no tenía más remedio que ir al encuentro del doctor Z.

Desde que fue testigo de la resurrección de Valland, había supuesto que el doctor Z no había muerto.

Esa parte del misterio la daba por resuelta.

Sólo así se explicaba que tres miembros del comando anti-OAS, encargado de sacar al doctor Z de Argelia, hubiesen muerto y resucitado con pocos días de diferencia.

Sólo tenía un medio para llegar al fondo del gran secreto.

Encontrarse con el doctor Z.

Salieron del hotel.

El oriental y su compañero flanquearon a Raymond.

Mylene Morgan caminaba detrás de ellos.

Salieron del pueblo.

Raymond oyó un zumbido e imaginó lo que era. La hélice de un helicóptero.

Efectivamente, el aparato estaba cerca de un molino, en una era.

Primero subió la pelirroja y luego el compañero del oriental.

Éste clavó el cañón de su pistola en la espalda de Raymond.

—Vamos, ahora usted.

—Oh, muchas gracias. Es muy amable…

Inmediatamente que todos estuvieron arriba, el helicóptero levantó el vuelo.

La pelirroja se había acomodado al lado del piloto.

Raymond estaba sentado en un banco corrido, teniendo a la derecha al oriental y a la izquierda al otro tipo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Raymond.

—Ya lo sabrá cuando lleguemos —contestó el oriental.

—Lo decía por si me daba tiempo a dormir.

—Llegaremos en un par de horas…

—Entonces, con su permiso, voy a descabezar un sueño.

—Está bien. Tiéndase en el suelo, si quiere.

Raymond Duc se tendió en el suelo y tomó como almohada una manta que había en un rincón.

Era de noche y no podía saber la tierra que sobrevolaban.

No, no le serviría de nada tratar de recordar el camino, porque ya no sabía en qué dirección estaban volando.

Y tenía sueño de verdad.

Sonrió recordando a la impetuosa Anne Vincent y pensó que lo estaría esperando en su estación de servicio.

Poco después se durmió.

Despertó al sentir que la puntera de un zapato se clavaba en su hígado.

—Eh, ¿qué modales son ésos?

—Arriba, ya estamos llegando —dijo el oriental.

Efectivamente, el helicóptero estaba tomando tierra.

Raymond se levantó restregándose los ojos y miró hacia fuera, pero no pudo ver nada, porque todavía era de noche.

A lo lejos vio algunas luces, e imaginó que sería un pueblo. Pero suponiendo que no se equivocase, aquel pueblo debía de ser muy

pequeño.

De pronto, a la izquierda brillaron dos docenas de focos, y pudo ver una gran casa.

Los focos correspondían a la parte superior de un ala del edificio.

Tres hombres corrieron haciendo señales.

El helicóptero descendió suavemente y se posó en la pista.

Primero bajó el oriental y apuntó con la pistola hacia la puerta de la cabina donde estaba Raymond.

—Baje.

Raymond saltó y se volvió para ayudar a la pelirroja.

Ella aceptó su brazo y cuando ella saltó, Raymond la atrajo hacia sí.

Sus ojos se miraron.

—¿Hiciste buen viaje, dulzura?

Ella le enseñó los dientes apretados mientras sonreía.

El oriental gritó:

—¡Déjela quieta!… El doctor Z les espera.

—Oh, sí, desde luego —dijo Raymond—. ¿Te veré luego, Mylene?

—Es posible.

—Qué peso me quitas de encima…

El oriental estaba haciendo señales con la pistola para que Raymond se pusiese en marcha.

Entraron en la casa y bajaron por una larga escalera de piedra.

Raymond llego a la conclusión de que aquella casa había sido construida trescientos o cuatrocientos años atrás, aunque había sufrido algunas restauraciones.

La iluminación era moderna con lámparas de neón. Raymond vio a dos hombres en un rincón de la escalera. Estaban quietos, se cubrían con trajes negros muy ceñidos, y sobre el pecho una Z muy brillante. Portaban metralleta y estaban muy tiesos.

Raymond se detuvo delante de uno de ellos y le pasó una mano por delante de los ojos. El centinela no parpadeó.

El oriental se echó a reír.

—¿Qué hace, señor Duc?

—Comprobar si están vivos.

—Debió preguntarme y yo le hubiese contestado.

—Muy bien, le pregunto ahora.

—Para usted están muertos. Sólo para una persona siguen vivos… Para el doctor Z.

CAPÍTULO X

Ante una gran puerta había otros dos centinelas con su negra vestimenta y la gran Z en rojo.

La puerta se abrió sin intervención de ninguno de los de fuera.

El oriental invitó a Raymond a que entrase.

El agente del Deuxiéme Bureau vio un salón con una gran mesa, tras la que se sentaba un hombre, de cabello blanco, que defendía los ojos con gafas oscuras.

Por encima de su cabeza, sobre la pared de madera, había grabada a fuego una letra. La Z.

—Adelante, señor Duc —dijo el hombre de cabello blanco.

—¿Doctor Z?… —El mismo.

Duc miró a su espalda y vio que no había entrado nadie con él. Estaba a solas con el doctor Z.

—¿Quiere sentarse, señor Duc…?

—Es usted muy amable. —Debo serlo con usted.

—¿Por qué?

—Porque va a ser mi colaborador.

Raymond no dijo nada. Ocupó el sillón y sonrió.

—¿En qué voy a colaborar con usted, doctor Z?

—Haga una suposición.

—Teniendo en cuenta el alcance de su descubrimiento, cualquiera diría que pretende dominar el mundo.

—No, no es eso, al menos en un sentido político. Sería estúpido por mi parte pretender el gobierno universal. Sólo me crearía problemas. Los hombres siempre están insatisfechos, sea cual fuere el sistema que los rige. Además, yo no soy un profesional de la política… No, no haré la competencia a esos brillantes oradores que pasan su vida sacrificándose supuestamente por el bienestar del país…

—No me diga que va a resucitar a todos los muertos que están

en el cementerio.

—Se lo admitiré como un chiste, señor Duc.

—No veo que se ría.

—Es que no me hizo ninguna gracia.

—Pues dígame qué clase de humor es el suyo y trataré de complacerle.

—Señor Duc, abandone esa actitud infantil conmigo. No le conducirá a nada bueno para usted…

—¿Le pongo nervioso?

—¡Basta!

—Como usted quiera.

El doctor Z respiró profundamente.

—Voy a asaltar la Compañía Internacional de Piedras Preciosas, cuya sede está en Amsterdam.

—Vaya, pica alto.

—En los sótanos de la compañía hay, aproximadamente, unos quinientos millones de dólares.

—Buena cosecha de pedruscos. Pero yo no soy un especialista, doctor Z. Sus informes deben estar un poco falseados.

—Tiene dotes de mando y eso es lo que importa. Posee también iniciativa y sabe cómo salir de una emergencia en el caso de que se produzca.

—Caramba, ignoraba que fuese usted un admirador mío…

—Lo soy, señor Duc. He seguido paso a paso su carrera.

El doctor Z abrió una carpeta que tenía delante y manejó unos papeles.

—Aquí tengo, uno por uno, todos los casos en que usted ha intervenido. Siempre lo hizo con brillantez y eficacia.

—Fue cuestión de suerte.

—No, no lo creo así. Se puede echar mano de la suerte, cuando se ha escapado de la muerte una vez en circunstancias difíciles, pero no, cuando en más de una docena de ocasiones se ha hecho frente a situaciones peligrosas para usted.

—Doctor Z, teniendo en cuenta su descubrimiento, ¿qué importo yo para sus planes?

—Usted se refiere a los resucitados.

—Sí, doctor Z. Con su descubrimiento va a revolucionar el crimen.

—Yo diría que lo voy a convertir en un arte.

—Sí, es posible. Pero le vaticino que, como artista, no va a durar mucho.

El doctor Z esbozó una sonrisa mientras respondía:

—Mi vida va a ser muy larga. Tengo grandes proyectos.

—¿No tendrá bastante con los quinientos millones de la Compañía Internacional de Piedras Preciosas, de Amsterdam?…

—Eso será sólo el comienzo. Más tarde me dedicaré al oro…

—Pues va a dejar al mundo entero en la ruina.

—Es posible.

—¿Y qué voy a ganar yo?…

—Le daré un diez por ciento del botín que se consiga.

—Demonios, ésa es una comisión que para sí la quisiera el rajá más poderoso de todos los tiempos.

—Quedará satisfecho de mí… Tendrá otras cosas… Ya sé que su *hobby* favorito son las mujeres.

—Entiendo, secuestraremos las más hermosas… Y para ello nos presentaremos en los concursos de más fama, y usted me seguirá dando el diez por ciento de las piezas cobradas… No está mal, de cada treinta me corresponderán tres y, en poco tiempo, podré formar un harén que dará gloria verlo…

—Otra vez vuelve a ser infantil, señor Duc.

—Perdone, pero hay ciertas cosas que, si no las veo desde un punto de vista humorístico, me da mucha pena. Y usted no querrá que me ponga triste…

—Le recuerdo que esta conversación es muy seria, señor Duc, y que si no da su consentimiento le pueden ocurrir cosas muy feas.

—Oh, sí, comprendo… ¿Me quiere hablar de los resucitados?… Tengo curiosidad por conocer su procedimiento.

—Pregunta demasiado.

—Recuerde que voy a ser su colaborador, su brazo derecho, su lugarteniente… —Sí, eso es cierto.

—Si no me contase cómo lo hace, me comería las uñas de los veinte dedos… Perdón por incluir las de los pies.

Una venilla se hinchó en la sien izquierda del doctor Z.

—Está colmando mi paciencia.

—Cuánto lo siento.

—No, no lo siente, pero yo le voy a dar el tratamiento adecuado

para que sea más comprensivo.

El doctor Z apretó un botón de un tablero de mandos que tenía a su derecha.

Cuando Duc quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde. Sendas argollas lo habían aprisionado por las muñecas y el cuello.

CAPÍTULO XI

—Eh, ¿qué hace, doctor Z?…

—Le voy a imponer el castigo que merece.

—¿Por qué me va a castigar?…

—Por su audacia en las respuestas.

—Hombre, no se lo tome así… Le prometo ser un niño bueno…

—Continúa siendo un impertinente, señor Duc, pero yo lo voy a arreglar, se lo aseguro.

El doctor Z apretó otro botón.

Raymond recibió una descarga eléctrica.

Dio diente con diente. Sus ojos se extraviaron. Todo él se relajó y hundió la barbilla en el pecho.

El doctor Z encendió un cigarrillo emboquillado y esperó pacientemente.

Al cabo de un rato, Raymond alzó otra vez la cara por donde le corrían ríos de sudor.

—¿Podemos seguir hablando, señor Duc?…

—Cuando usted quiera, Excelencia… Me iba a contar lo de los resucitados, ¿cómo lo consigue?

—Por ultrasonido.

—Explíquese…

—Desde una furgoneta enviamos una onda hacia donde se encuentra el sujeto paciente… El ultrasonido que yo he descubierto tiene un efecto fulminante. Paraliza el corazón, pero no impide el riego sanguíneo del cerebro.

—¿No es una contradicción?…

—Lo será para usted y para muchos hombres de ciencia, pero no para mí… Mediante mi ultrasonido se produce un circuito. La sangre no deja de circular por el cerebro. Usted sabe perfectamente que si no fuese así, el sujeto moriría con todas sus consecuencias…

—¿Pero qué hay de la otra sangre?… ¿La que circula por las

otras arterias del cuerpo?…

Forzosamente se ha de producir un coagulamiento, se ha de endurecer…

—No, señor Duc. El ultrasonido produce en esa sangre las condiciones necesarias para evitar el coágulo… naturalmente, el método es casi cercano a la perfección. Por eso habrá notado, que el resucitado anda de una forma lenta, cansada… Es cuestión de tiempo el que su circulación recupere la normalidad completa… Lo que yo llamo tiempo de convalecencia se reduce a un mes o dos…

—Entonces no se puede hablar de muertos…

—Desde luego, señor Duc, no se puede…

—Sólo es una muerte aparente.

—Lo ha deducido muy bien, señor Duc. Se trata sólo de eso, de una muerte aparente…

—Me decepciona mucho, doctor.

—¿De veras?

—Su descubrimiento no sirve para nada. Cuando un hombre muere de verdad, usted no lo puede resucitar…

—Si un hombre está cercano a la muerte, yo puedo prolongarle la vida. Envío mi ultrasonido, mediante el cual provoco su muerte aparente y luego lo puedo resucitar… Con ese cambio brusco en su organismo, puedo alargarle la vida durante algunos años, ya que su sistema circulatorio rejuvenece… Es un principio científico, que las células que han dejado de trabajar recuperan sus funciones fisiológicas…, Esto es elemental, señor Duc. Si usted está descansando durante tres días, se encontrará en mejores condiciones para reemprender el trabajo…

—De acuerdo, doctor Z. Queda aprobada su explicación científica… Pero, dígame, ¿qué relación guarda su descubrimiento con la muerte aparente de André Gillon, Jean Chabrol y Roger Valland?…

—Ellos formaban parte del comando
anti-OAS
que fueron a buscarme a Argelia…

—Naturalmente, lo encontraron vivo…

—Sí, señor Duc, pero yo estaba muy adelantado en mis experimentos… Hable con Charles Duval. Lo convencí para que me diese por muerto… Les pagué bien. Mil dólares a cada uno. Tenían

que llevarme a Francia, a un lugar que ya había elegido para continuar mis ensayos… Era esta casa. Expliqué a Charles Duval y a los demás miembros del comando cuál era mi plan… Ellos tenían que regresar para no despertar sospechas… Duval era un hombre inteligente. Comprendió que tenía en sus manos la oportunidad de ser un hombre importante. Se le ocurrió la idea de hacer saltar el laboratorio una vez me hubiese marchado… De esa manera, podría informar que yo había encontrado la muerte durante un bombardeo… Naturalmente, los otros miembros del comando corroborarían su visión…

—Muy bien, ya lo tenemos a usted instalado aquí y al grupo del comando desparramado por el país… ¿Cómo ha tardado tanto tiempo en empezar a operar?

—El traslado de mi laboratorio se hizo pagando un alto precio… Tuvimos que hacer frente a una galerna mientras viajábamos en un barco fletado al efecto… Gran parte de mi material se echó a perder… Eso significó una gran pérdida de tiempo. Respecto a mi experimento, prácticamente tuve que volver a empezar.

—Y lo ha hecho, dándole muerte aparente a algunos miembros del comando
anti-OAS
de Charles Duval.

—Sí, así es.

—¿Por qué?…

—No le he explicado uno de los efectos de la muerte aparente.

—Lo ha guardado al final, para impresionarme más.

—Sí.

—Supongo cuál es ese efecto…

—Diga, señor Duc.

—Por medio del ultrasonido, usted consigue vencer la voluntad del sujeto sometido a la experimentación.

—Le felicito.

—Era fácil la respuesta, teniendo en cuenta que yo vi a uno de los resucitados, a Roger Valland… Le hablé y no me contestó… Obraba como si realmente fuese un resucitado, un auténtico robot, un muñeco…

—Debo decirle que ese efecto es pasajero.

—¿Quiere decir que puede volverlos a la normalidad?

—Sí.

—¿De qué forma?

—Inyectándoles una droga que elimina los efectos del experimento.

—Droga que, naturalmente, usted no les inocula.

—En general no me interesa… Sólo lo hago con aquellos que se deben comportar normalmente como seres humanos. Por ejemplo, tiene usted el caso como Mylene.

—¿También ella sufrió la muerte aparente?…

—Desde luego. Sin embargo, ella tenía que actuar con usted como una mujer normal y le fue inoculada la droga.

Duc dio un suspiro.

—Doctor Z, es usted el más estupendo criminal de todos los tiempos. La respuesta del doctor Z fue enviarle otra descarga eléctrica.

CAPÍTULO XII

Raymond Duc se recuperó como antes.

Pero estaba bañado en sudor hasta los tobillos.

—Eh, oiga, ¿por qué no deja ya de enviarme voltios? Me va a poner perdido. Y lo siento por usted, porque no le voy a servir.

—Me servirá, señor Duc…

—¿Cómo supo que yo no era Pierre Justin?…

—Por la sencilla razón de que yo tengo a Pierre Justin. Raymond rió con muy pocas ganas.

—Debe haber sido un juego muy divertido para usted.

—Sí, señor Duc, ha sido francamente divertido…

—Así que, empezó con Pierre Justin.

—Fue el primero de la lista. Pero nadie lo supo porque Pierre Justin no tenía esposa, hijos, ni amigos en el momento en que yo le envié el ultrasonido.

—No me diga que era un hombre rana que se encontraba en el fondo del mar.

—No, señor Duc. Pierre Justin se había convertido en un vagabundo. Vivía solo en una choza en las afueras de Burdeos… Como podían tardar varios días en descubrir su muerte, le envié el ultrasonido a la choza donde vivía y mis colaboradores lo sacaron inmediatamente.

—Ya sólo falta Charles Duval en el lote.

—Charles Duval lleva mucho tiempo trabajando conmigo, más de un año. —Y a él no le ha aplicado el procedimiento. De modo que es un
vivo-vivo.

—Señor Duc, me está usted obligando a darle otra vez el tratamiento.

—Me va a matar y no va a ser de muerte aparente.

El doctor Z iba a apretar ya el botón, pero se detuvo.

—Gracias, es usted muy considerado —dijo Raymond—. ¿Quiere explicarme, ahora, ese asalto a la Compañía Internacional de Piedras Preciosas de Amsterdam?

—No, ahora no. Cada cosa en su momento. Primero tendré que darle la muerte aparente.

—Oh, no, usted no puede hacer eso conmigo.

—¿Por qué no, señor Duc…?

—Usted mismo lo ha dicho, mermará mis facultades… Mi convalecencia duraría unas semanas y si yo voy a ser el jefe de la pandilla, me necesita con el cien por cien de mi potencia.

—Está bien.

—Estupendo, doctor Z. ¿Cuándo damos ese golpe?…

—Será mañana.

—¿Y cuándo me explicará el plan?…

—Ésta noche, durante la cena.

Raymond miró por una ventana al exterior y se dio cuenta de que ya era de día.

Dio un bostezo.

—Doctor Z, creo que me he ganado un buen descanso.

El doctor apretó un botón del tablero y las argollas se volvieron a esconder en el sillón.

Raymond Duc quedó libre.

Se abrió la puerta de la derecha y apareció el oriental que Duc ya conocía.

—Mangho —dijo el doctor Z—, acompaña al señor Duc a su habitación.

—Sí, doctor.

—Pero ocúpate de que esté bien atendido…

—Desde luego.

Raymond Duc se levantó del sillón y fue con Mangho.

El oriental, antes de salir hizo una reverencia al doctor Z.

Raymond la repitió, aunque no le salió tan servil.

Fue con Mangho a través de un largo corredor.

Raymond desistió de iniciar la huida, porque pensó que tendría muy pocas probabilidades de salir airoso.

El oriental abrió una puerta.

—Entre, señor Duc.

Raymond se encontró en un amplio dormitorio.

—No intente huir, señor Duc —dijo Mangho.

—¿Quién piensa en eso?…

—Lo digo por si le ha pasado por la cabeza. Si intenta escapar de aquí será en forma de cadáver. Y le aseguro que entonces el doctor Z no lo podría resucitar…

—Gracias por esas lindas palabras. Lo tendré en cuenta.

El oriental dio un gruñido y salió de la estancia.

Raymond examinó el dormitorio. Había una puerta adyacente que conducía al cuarto de baño.

Después del tratamiento que el doctor Z le había dado en el sillón, necesitaba una buena ducha.

Permaneció un buen rato en ella y luego se cubrió con una toalla. Salió del cuarto de baño frotándose la cabeza. Pero sólo llegó a dar dos pasos en el dormitorio.

Tenía visita.

Y era la visita más agradable que él había recibido durante mucho tiempo.

Se trataba de una mujer morena, de una gran belleza y cuerpo esbelto. Poseía los ojos negros como el cabello, busto desarrollado y alto, cintura estrecha, caderas anchas y largas piernas. Todo ello estaba bien expuesto, porque sólo se cubría con una blusa y un pantalón, ambas piezas muy ceñidas.

—¿Señor Duc?…

—Aquí me tiene en casi todo carne y hueso —dijo Raymond porque la toalla le cubría muy poco.

—Tiene que ayudarme, señor Duc.

—¿Para qué?

—Para salir de aquí.

—¿Por qué no empezamos por el principio?… ¿Quién es usted?…

—¿Qué importa eso?… Esto es un infierno, no puedo más…

La joven echó a correr, se dejó caer de bruces en la cama y se puso a sollozar.

Raymond chascó la lengua.

Demonios, sabía por experiencia, que uno se podía encontrar a las mujeres más hermosas en los lugares más insospechados. Pero, desde que llegó allí, pensó que la única inquilina en la casa del doctor Z por la que podía interesarse, era alguien que ya conocía,

Mylene.

Pero allí estaba aquella morena sollozante, para demostrarle lo equivocado de su pensamiento.

—Querida, llore todo lo que quiera… Dicen que es bueno.

La joven dio media vuelta.

Fue bonito que lo hiciese porque se despasó un botón de su blusa y mostró un trozo de su cuerpo. Era carne rosada, justo del color favorito que Raymond tenía para la carne.

—Le diré quién soy, señor Duc… La esposa del doctor Z.

CAPÍTULO XIII

—¿Está sorprendido, señor Duc?…

—Sí, mucho.

—Creo saber por qué.

—¿De veras?

—Piensa que mi marido está loco y que, por lo tanto, también lo tiene que estar la mujer que lo ha aceptado como esposo.

Raymond se acercó a la mesilla de noche y tomó el paquete de cigarrillos.

—¿Fuma?

—Sí, creo que lo necesitó.

Mientras ella encendía, Raymond dijo:

—¿Qué pretende de mí?…

—Que me saque de esta casa.

—Eligió mal la compañía.

—¿Es que no piensa escapar?…

—Claro que lo haría, pero me temo que ellos estarán vigilando.

—No existe otra persona que pueda ayudarme.

—En primer lugar, dígame por qué quiere escapar si aceptó ser su esposa…

—Yo no acepté.

—¿Quiere decir que la obligó a casarse por la fuerza?

—Sí. El doctor me conoció en Cannes. Yo era una *starlett* que había ido allí en busca de un contrato cinematográfico. El doctor se hizo pasar por un productor, dijo que me ofrecería una gran carrera a su lado… Tenía ya preparado el guión para mi lanzamiento… Salimos unas cuantas veces juntos y me encontré casada con él antes de que pudiese despertar del sueño.

—¿Y dónde despertó?…

—Aquí, en esta horrible casa, dos semanas más tarde.

Raymond dio una chupada al cigarrillo y exhaló el humo por los

agujeros de la nariz.

—¿Conoce los planes del doctor?

—Sí.

—¿Lo de la Compañía Internacional de Piedras Preciosas?

—Desde luego.

—¿No le seduce convertirse en la mujer con más pedruscos del mundo?…

—Todo en esta vida tiene un precio y yo pagaría por esto uno demasiado alto.

Raymond paseó por la estancia y ella dijo:

—Sólo hay una forma de huir. En el helicóptero. Hemos de llegar a él.

—No creo que sea fácil.

—Lo será si usted me secunda, Raymond.

—¿Cómo he de secundarla?

—Esta noche, después de la cena, usted vendrá a mi habitación.

—Creo que el doctor Z no va a permitir que yo vaya a su habitación.

—Nuestros dormitorios están separados. Usted puede venir al mío a medianoche, es el último del corredor.

—¿Qué me dice de los centinelas?

—Habrá uno, pero yo lo quitaré de en medio.

—No le prometo nada.

—No puede desaprovechar esa oportunidad que yo le brindo, señor Duc. No volverá a tener otra… Mi marido le puede aplicar su descubrimiento.

—¿El ultrasonido?

—Sí, y entonces usted perderá la voluntad. Será un esclavo de él… Usted sólo puede ayudarme mientras sea un hombre normal y ahora lo es…

La joven aplastó la punta del cigarrillo en un cenicero.

—Ahora debo irme. Le espero esta noche.

La joven echó a correr y, antes de que Duc dijese nada, salió de la habitación.

Raymond se tironeó de la oreja.

Era inverosímil que a él le estuviese pasando eso.

La propia esposa del doctor Z había acudido allí para crearle un problema.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Mangho.

—El doctor Z le envía sus saludos y le ruega que mire por la ventana.

—¿Se va a celebrar algún espectáculo?

Mangho sonrió.

—Sí, y el doctor espera que sea de su gusto.

Dicho esto, salió otra vez de la habitación.

Raymond se encaminó hacia la ventana.

Vio una terraza en la que se encontraban cuatro hombres que había visto ya en fotografía.

Eran André Gillon, Jean Chabrol, Roger Valland y Pierre Justin.

Estaban inmóviles, la mirada fija en un punto de la pared.

El doctor Z apareció por una puerta. Llevaba una metralleta en la mano. Estaba sonriente.

De pronto, el doctor dirigió el arma contra los cuatro hombres y envió una ráfaga muy rápida.

Gillon, Chabrol, Valland y Justin, cayeron soltando gritos de muerte.

El número ya había terminado.

El doctor Z arrojó la metralleta hacia un hombre y se metió otra vez en la casa.

Raymond sintió que el estómago se le revolvía.

Deseó beber algo y buscó en la habitación. Entonces oyó la voz del doctor Z que llegaba de un rincón de la pared:

—Si busca bebida, la encontrará en el fondo de la estancia. Sólo tiene que apretar un botón.

—Muy amable, doctor Z —dijo Raymond después de cerciorarse de que en la habitación estaba él solo.

Apretó aquel botón y de la pared salió un bar.

—Vaya —dijo al ver las muchas botellas que había allí—. Está bien preparado.

—Lo estoy para mis huéspedes.

Raymond se escanció una ración de *whisky* y levantó el vaso.

—Por sus piedras preciosas, doctor.

—Gracias.

Raymond bebió un trago y el doctor preguntó:

—¿Qué opina de lo que acaba de ver?

—Supongo que los resucitará cuando le hagan falta.

—Esta vez han muerto para siempre.

—¿Por qué los ejecutó, doctor?…

—Sólo los traje aquí para probar la eficacia de mi descubrimiento.

—De modo que los utilizó como cobayas.

—Sí, tenía que experimentar con seres humanos y pensé que los primeros ejemplares deberían ser los que conocían mi existencia… Al fin y al cabo, eran un peligro para mí.

No podía dejarlos por ahí… En cualquier momento podían haberme delatado.

—Entiendo… Pero si sufrieron su tratamiento, eran esclavos sujetos a su voluntad.

—Hubo un pequeño fallo en la dosis.

—No me diga que su descubrimiento es un fracaso.

—No, no lo es, señor Duc. No se puede llamar así a un pequeño fallo que será corregido en experimentos posteriores… Esos hombres que usted ha visto morir ahí fuera, habrían recuperado su propia voluntad mañana mismo… Decidí no correr ningún riesgo con ellos.

—Por sus muertos, doctor Z —dijo Raymond levantando otra vez el vaso.

—Ah, señor Duc, quiero hablarle de Sibylle.

—¿Sibylle?… ¿Quién es?

—Usted ya la conoce.

—Sólo conozco a Mylene.

—También conoce a mi esposa… Ella le visitó hace un rato. Le propuso sacarla de aquí… —Vaya, parece que usted no se pierde nada.

—Debió suponer que yo habría puesto los medios para conocer todo lo que ocurre en mi propia casa…

—Continúe, doctor… ¿Qué hay con su mujer?…

—Olvídela. A ella también le voy a dar su merecido.

—¿La llevará a la terraza para darle una ración de plomo?…

—No, a ella le voy a preparar algo especial.

—¿Qué cosa?…

—Ya lo sabrá a su debido tiempo.

—Todo lo está demorando, doctor Z. El plan para asaltar la Compañía Internacional de Piedras Preciosas, el castigo de su

mujer…

—Descanse tranquilo, señor Duc. No debe preocuparse por mis problemas domésticos…

Lo veré más tarde…

Raymond apuró el contenido del vaso y se sirvió otra ración.

Sibylle, la mujer del doctor, había resultado una ingenua. Ella, mejor que él, tenía que haber imaginado que sus pasos serían conocidos. La hermosa Sibylle había puesto su cabeza bajo el hacha del verdugo.

CAPÍTULO XIV

Raymond estaba tendido en la cama fumando un cigarrillo.

—Levántese —dijo una voz.

Se incorporó poco a poco y vio, cerca del lecho a un hombre que hasta entonces sólo había visto en fotografía.

Era Charles Duval, el jefe del comando anti-OAS que durante la guerra de Argelia fue a este país en busca del doctor Z.

Tenía una pistola «Luger» en la mano.

—Tenía muchas ganas de conocerlo. Charles —dijo Raymond.

—Yo a usted también.

—Qué suerte. Entonces, ya estamos juntos.

—No me ha dejado terminar, señor Duc. Tenía muchas ganas de conocerlo para matarlo.

—Imagino que no está hablando en serio…

—Se convencerá en seguida cuando lo haya enviado al otro mundo…

—Al parecer, usted no conoce las órdenes de su jefe, el doctor Z. El me quiere conservar vivo.

—Sí, yo ya sé para qué. Para quitarme el puesto…

Raymond llevó aire a sus pulmones.

Estaba sorprendido de lo que estaba pasando allí.

Charles Duval se sentía humillado y ofendido por el doctor Z, ya que éste lo relegaba a un tercer plano si le concedía a él, Raymond, el segundo puesto de la pandilla.

—Oiga, Charles… Debo recordarle una cosa. El doctor Z está escuchando esta conversación. El oye todo lo que se dice aquí y le va a sentar muy mal que usted trate de contradecirle.

—El doctor Z no nos escucha.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque está en su laboratorio, en el sótano, trabajando en uno de sus experimentos… —Charles Duval sonrió—. Lo mataré, Raymond. Nadie lo puede impedir.

—Voy a suponer que lo consiga. ¿Qué le va a decir después al doctor Z?

—Que usted trató de escapar.

—Eso no lo creerá por nada del mundo. Le dije que estaba de acuerdo con él.

—Usted es un agente del Deuxiéme Bureau y es natural que engañase al doctor Z, convenciéndole, diciéndole que estaba de acuerdo en trabajar a sus órdenes.

Raymond empezó a sudar otra vez y ahora no estaba en aquel sillón que desparramaba voltios.

—Charles, creo que esto se puede arreglar.

—¿De qué forma?

—Hablaré con el doctor Z… Le diré que soy yo indigno de ocupar el segundo puesto. Que usted reúne todas las buenas condiciones de un lugarteniente y que yo me conformaré con ser uno más del grupo…

—No le sirve, Duc. Va a venir conmigo.

—¿Adónde?

—Al lugar donde lo voy a freír.

—No me gustaría que me echasen en una sartén de aceite hirviendo…

—Levántese, o lo mato aquí mismo.

—Como quiera.

Raymond Duc se puso en pie.

Charles Duval tomó precauciones y se retiró unos pasos.

—Eche a andar delante de mí y no haga el menor movimiento para escapar. De lo contrario, mucho antes de que me toque, le meteré una bala en la espina dorsal.

—No se preocupe. Conozco bien mis posibilidades y ya sé que con usted no me queda ninguna.

Raymond no decía la verdad naturalmente.

Pensaba en los centinelas.

¿No era lógico imaginar que obedecerían al doctor Z y no a Charles Duval?

Salió de la habitación seguido de Charles.

Un centinela estaba cerca.

—Eh, muchacho —dijo Raymond—. Charles Duval ha desobedecido al doctor Z.

El centinela ya no parecía hipnotizado. Levantó la metralleta y apuntó a Raymond.

—¿Lo mato aquí, señor Duval?

Charles soltó una risita.

—Caramba, señor Duc, es usted muy persuasivo… Mire lo que ha conseguido con su astucia, que este muchacho quiera meterlo en el hoyo más aprisa que yo.

Raymond apretó los maxilares.

Charles Duval había jugado bien sus naipes.

Se había rebelado contra el doctor Z, pero había tomado sus medidas.

Sí, eso era lo que era aquello, una revuelta palaciega.

—Duval, si su plan es acabar con el doctor Z, yo puedo ayudarle…

—Sí, señor Duc. Eso es… Voy a acabar con el doctor Z pero usted no entra en el juego…

—Usted se lo pierde.

—¿Dónde están los otros, Claude? —preguntó Charles al centinela.

—Están esperando a la vuelta del corredor.

—Andando, Duc —ordenó Charles.

Fueron por el corredor y dieron la vuelta.

Allí había tres hombres.

Los tres portaban metralletas como Claude.

Hicieron un saludo a Charles y éste dijo:

—Iremos al laboratorio… En marcha.

Poco después llegaron a la esquina.

Charles Duval tenía un cuchillo en la mano.

Lo arrojó sobre su centinela.

El individuo recibió la hoja de acero en la espalda. Soltó un gruñido y se desplomó.

Luego, el grupo de rebelados, con su prisionero Raymond, bajaron por una escalera.

Raymond observó las magníficas instalaciones de un laboratorio.

Aquello había costado mucho dinero.

Por otra parte, era el lugar donde el doctor Z había perfeccionado su descubrimiento, el ultrasonido capaz de dar muerte aparente a un ser humano.

Justamente ahora había un hombre sobre una mesa. En su cabeza y pies tenía puestos unos electrodos.

El doctor Z se hallaba ante un tablero de mandos.

Ahora movió una palanca.

El hombre objeto del experimento recibió una descarga.

El doctor no se había percatado todavía de la llegada de Charles Duval y sus acompañantes.

El propio Charles Duval se lo anunció:

—¿Qué está haciendo ahora, doctor Z?

El doctor levantó la mirada y al ver a Duval contestó:

—Nadie puede entrar aquí sin mi permiso, Charles. Creí que lo habías comprendido perfectamente.

—Sí, doctor, lo comprendí perfectamente. Pero ya sus órdenes tienen muy poco valor…

—¿Qué significa esto, Charles?

—¿Qué se imagina usted?

—¿Una rebelión?

—Sí, doctor Z.

—¿Con qué objeto?

—No me defraude, doctor Z… Siempre lo he admirado por su inteligencia.

—Entiendo. Te cansaste de recibir órdenes y ahora quieres darlas tú. —Ésa sería una explicación.

—¿Hay otra?

—Claro que la hay… Quiere prescindir de mí…

—No, Charles.

—Ya acabó con Gillon y los demás… Muy pronto me llegará el turno.

—Si hubiese querido liquidarte te habría puesto con el pelotón de los reos. Habría acabado contigo al mismo tiempo que con los demás…

—Quizá para mí me preparaba algo especial, como lo prepara para su mujer…

—No, Charles. Te equivocas.

—¿Qué va a decir usted?

—Está bien, Charles… Me tienes en tus manos… Pero dime antes, ¿cómo lograste la adhesión de estos centinelas?

—Les he prometido más que usted. Naturalmente, elegí a los que, entre ellos, no había logrado convertir en esclavos…

El doctor Z movió pesadamente la cabeza.

—Creo que no te he concedido la debida atención, Charles.

—Sí, eso pienso yo —sonrió Duval.

—¿Qué vas a hacer después de matarme?

—Llevar adelante sus planes… Fueron bien trazados y no tengo por qué modificarlos.

—¿Qué hay de mi mujer?

—La dejaré un tiempo a mi lado. Siempre me gustó, usted lo sabe. Es una mujer fascinante… Pero pasado un tiempo, me dedicaré a otras… Entonces, ella le seguirá al infierno…

—¿Estás seguro de que no quieres rectificar?

—No diga tonterías, doctor. Usted será liquidado y yo voy a ser el amo.

—Tú has elegido, Charles.

En aquel momento llegaron otras personas al sótano.

Eran dos hombres y dos mujeres.

A las dos mujeres Raymond ya las conocía.

Eran Mylene y Sibylle.

Y los dos hombres, que iban tras ellas, las custodiaban con metralletas.

Al llegar abajo, Mylene puso los brazos en jarras.

—Doctor, te dije que un día me las pagarías.

—¿Qué es lo que te tengo que pagar?

—Me despreciaste por Sibylle… Te seguí durante mucho tiempo, iba a ser yo la preferida y luego bastó que se cruzase Sibylle en tu camino para que me despreciases.

—Cariño, yo nunca te he despreciado.

—Oh, ya sé a lo que te refieres. Era el segundo plato de tu mesa…

Sibylle miró con ojos implorantes a Raymond Duc y éste se encogió de hombros indicándole que él sólo era un prisionero.

Sin embargo, Raymond pensaba que podría sacar partido de aquel río revuelto.

Aquella gente estaba librando un ajuste de cuentas y tendría que

aprovechar su oportunidad. Sin lugar a dudas, sería la última.

—Bien, chicos —dijo Charles—. Esto hay que terminarlo de una vez.

—Espera un momento, Charles —habló Mylene.

—¿Qué te pasa, chica?

—Una fiesta por todo lo alto, como ésta, debe tener sus atractivos… No irás a mandar plomo a esta gente cuando puedes terminar con ella de otra manera.

—¿Por ejemplo?

—Quiero convertir en una brasa a Sibylle.

—¡Maldita! —exclamó la mujer del doctor Z.

Mylene le sonrió.

—Querida, tú sabes conquistar muy bien a un hombre… Ahora podrás conquistarlos mejor… Te voy a convertir en una brasa… Darás mucho calor. Quiten a ese hombre de la mesa. Su lugar será ocupado por la bella esposa del doctor Z.

Charles titubeó unos instantes pero, finalmente, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Dos centinelas fueron hacia el hombre que estaba tendido sobre la mesa.

—Está muerto —anunció uno de ellos.

—Tiradlo.

Los dos centinelas tomaron al hombre de la mesa y lo arrojaron hacia la pared como si fuese un desperdicio.

Sibylle lanzó un chillido y dio media vuelta para echar a correr, pero un centinela la tomó por el brazo.

—¡No quiero morir!… —gritó la esposa del doctor Z.

Mylene lanzó una carcajada.

—Nadie quiere morir, pero a ti te ha llegado la hora…

Raymond Duc intervino:

—Eh, ove, Mylene, que yo sepa, solamente se quemaba a las brujas…

—Sibylle es una de ellas.

—Yo juraría que no.

—Puedes defenderla porque detrás de ella vas tú.

—¿También a mí me vas a convertir en una brasa?

—Sí.

—Es una tontería. Tú ya sabes cómo convertirme en una brasa

sin necesidad de la electricidad.

—Eres muy gracioso… ¡Ponedla en la mesa!

Sibylle siguió gritando.

Pero no le valieron de nada sus protestas y, en breves momentos, quedó inmóvil en la mesa con los electrodos en la cabeza y en sus extremidades.

Sus ojos estaban desorbitados porque el pánico había hecho presa en ella.

El doctor Z se mantenía inmóvil. Un centinela le amenazaba con la metralleta.

Raymond estaba lleno de cólera. Se veía impotente.

—Charles —dijo—. Suspende esta ejecución.

Duval forzó una sonrisa.

—¿También te prendaste de ella?… Comprendo, fue a tu dormitorio y te hizo una caída de pestañas.

Mylene se inclinó sobre la prisionera.

—Sibylle, de modo que también te preocupaste de Raymond Duc… Qué generosa eres con los huéspedes de tu marido…

Sibylle no pudo contestar porque el miedo la había paralizado.

Raymond Duc creyó que todos estaban distraídos con la prisionera.

Saltó sobre el centinela que estaba más cerca.

Su puño chocó contra la mandíbula del individuo.

Tenía que cazar la metralleta casi al mismo tiempo.

Sólo de esa forma podría lograr una efectividad inmediata.

Pero el individuo se llevó la metralleta antes de que la pudiese alcanzar.

Uno de los hombres que tenían en el pecho la Z lo apuntó con su arma.

Raymond leyó en sus ojos el deseo de apretar el disparador.

—Duro con él —dijo Charles Duval.

Raymond pensó que alguna vez tenían que salir las cosas mal. Éste era el final.

CAPÍTULO XV

—No tires, Dogo.

Quién había dicho aquello era Mylene.

El llamado Dogo no llegó a disparar.

Charles Duval dejó oír su voz llena de furia:

—¡Te he dicho que dispares! ¡Que acabes con él!…

—Espera un momento, Charles —repuso Mylene.

—¿Qué te pasa, pequeña? ¿Es que me vas a decir que te interesa el tipo?

—Claro que me interesa.

—¿Para qué?

—¿Para qué sirve un hombre?

—Tiene que morir.

—Claro que morirá, pero antes quiero que se acuerde de mí… No tienes que preocuparte, Charles. No tengo intención de conservarle la vida… Se irá con los demás.

Pero sólo quiero que dure hasta mañana…

Charles entornó los ojos.

—Bueno, eso va a depender de él. A la próxima jugarreta no valdrán para nada tus buenos deseos…

—De acuerdo, Charles. —Mylene sonrió a Raymond—. No seas chiquillo, querido. Gracias a mi podrás vivir unas cuantas horas más. Pórtate como un loco enamorado de mí y tendrás una noche inolvidable como reo.

—El plan que me ofreces es tan maravilloso que no tengo más remedio que aceptarlo.

Mylene se dirigió hacia el tablero de mandos.

El doctor Z hizo un gesto para impedírselo.

—No hagas eso, Mylene.

—Te he visto muchas veces manejarlo y sé cómo se hace, doctor.

—No sabes.

—Miren al jefe —rió Mylene—. No quiere que convierta a su mujer en un tizón…

Sibylle, cautiva en la mesa, hacía esfuerzos por moverse.

—Mylene —dijo Raymond—, creo que ya has hecho pasar lo suyo a Sibylle. La pobre ha sufrido el castigo que tú querías imponerle. Déjala libre.

—Ni hablar de eso.

—Eres cruel.

—Contigo seré otra cosa… Y ahora, cierra el pico y deja que haga mi experimento particular… Siempre tuve envidia del doctor Z. Deseé con todas mis fuerzas ocupar su lugar en este tablero de mandos y ahora se me ofrece una gran oportunidad de demostrar que yo soy una mujer de ciencia…

Se había detenido ya ante el tablero de mandos.

Puso la mano en una de las palancas.

Tiró hacia abajo.

Se produjo un chisporroteo.

Pero no había brotado de ninguno de los electrodos que estaban en contacto con Sibylle.

Sin embargo, la mujer del doctor lanzó un chillido, quizá debido al histerismo. El hombre que estaba en el suelo supuestamente muerto empezó a levantarse. Lo hizo con movimientos rígidos.

Uno de los centinelas chilló:

—¡El muerto se ha levantado…!

—¡Estúpida! —gritó Charles Duval—. ¡Moviste la palanca del ultrasonido…! ¡Fuego contra él, muchachos!

Uno de los hombres que manejaba la metralleta envió una ráfaga de plomo.

Entonces ocurrió algo verdaderamente inverosímil.

Las balas fueron repelidas por el cuerpo del muerto resucitado.

El doctor Z lanzó un grito de triunfo:

—¡Lo he logrado! ¡Ya es inmune a las balas…!

El resucitado echó a andar hacia uno de los centinelas.

Éste se quedó quieto en lugar de huir y envió otra ráfaga.

Pero la nueva ración de plomo fue repelida como la primera por el cuerpo de aquel extraño hombre.

El resucitado alargó la mano y tocó en el hombro al centinela que trataba de matarlo con la metralleta.

Fue, como si al individuo lo pusiesen en contacto con un cable de alta tensión.

Se produjo una llamarada en su cuerpo.

Luego, sin pronunciar un grito, cayó al suelo convertido en un trozo de carbón negro.

El fin de aquel tipo llenó de pánico a los rebeldes.

El doctor aprovechó aquel momento para ir al tablero de mandos.

Movió la palanca con la que había maniobrado Mylene.

El resucitado se movió más aprisa hacia Charles Duval.

—¡No…! —dijo éste.

Pero ya era tarde porque ya el resucitado alargaba la mano hacia él.

Se produjo una gran llamarada en el cuerpo de Charles Duval y éste, convertido en una antorcha, se abatió sobre las baldosas del piso.

Los rebeldes, al faltarle su jefe, empezaron a correr en desbandada hacia la escalera.

Sólo querían una cosa. Huir, recuperar su libertad.

El doctor Z movió otra vez la palanca. El resucitado levantó las manos.

De sus brazos brotó un rayo eléctrico que alcanzó a los fugitivos que ya subían por la escalera.

Todos ellos quedaron fulminados.

Mylene retrocedía apartándose del doctor Z.

Raymond supo lo que iba a ocurrir a continuación, El doctor Z se iba a vengar de Mylene.

Instintivamente corrió hacia ella, aunque no sabía cómo podría salvarla.

El resucitado se volvió en ese momento y mandó otro nuevo rayo sobre la pelirroja.

Antes de que Raymond lograse alcanzar a Mylene, el rayo produjo sus efectos.

Chocó contra el pecho de Mylene y ésta se derrumbó convertida en ceniza.

Raymond cayó de rodillas en el suelo llevado por su impulso.

Volvió la cabeza.

—Es usted un asesino, doctor Z.

—¿Qué quería que hiciese con los que han osado rebelarse contra mí? Me iban a deber todo lo que iban a ser en este mundo… Debí ser un dios para ellos, pero se rebelaron contra mí… Tuve que darles su merecido.

—Por favor, sáqueme de aquí —gritó Sibylle.

—No, querida, no te voy a sacar —contestó el doctor Z—. Me servirás para un experimento.

Raymond estaba lleno de furia.

—No permitiré eso.

—¿No lo permitirá, señor Duc? —sonrió el doctor como un loco.

Raymond miró al resucitado. Sabía que bastaría con que éste levantase un brazo para que lo fulminase.

—Doctor, ella es su mujer.

—Es una miserable perra… Fue a su dormitorio para ofrecérsele.

—No, se equivoca, no vino a eso.

—Quería que usted la libertase de mí, Duc.

—Es lógico que lo pensase, si usted se comportaba mal con ella…

—Le di todo lo que quería.

—La engañó.

—A muchas mujeres les gustaría que las engañasen de la misma forma… Duc, no se oponga, o juro que acabo también con usted…

Raymond pensó durante un momento.

Otra vez estaba muy cerca de la muerte.

Leía en los ojos del doctor Z que tenía que enfrentarse con un perturbado.

—Doctor, usted no mantiene su palabra si la mata.

—¿Qué dice?

—Fijó su muerte para esta noche… Recuérdelo.

—Sí, es cierto.

—Todavía no es de noche. ¿Es que tiene tan poca voluntad que va a cambiar sus planes el hecho de que unos hombres se hayan rebelado contra usted?

El doctor Z inspiró profundamente.

—Creo que tiene razón. No debo dejarme influenciar por los elementos exteriores, especialmente cuando se trata de rebeldes que quisieron ocupar mi lugar. Aplazaré la ejecución de Sibylle para esta noche, tal como lo tenía establecido.

Raymond fue hacia la mesa y libró a Sibylle de los electrodos.

Sibylle se le echó al cuello.

—Cuidado, nena, o acabarás por echarlo a perder.

Ella se soltó del cuello varonil y puso los pies en el suelo.

—Vamos, Sibylle. Te acompañaré a tu habitación.

—Esperen un momento —ordenó el doctor Z.

Tocó un timbre y poco después aparecieron dos centinelas.

—Mi mujer y Raymond Duc son prisioneros… Quiero que los vigilen bien.

Los esclavos del doctor Z hicieron gestos afirmativos.

Sibylle y Raymond Duc subieron la escalera y salieron del laboratorio en donde había sobrevenido la matanza.

—¿Qué vamos a hacer, Raymond?

—No lo sé.

—Todo sigue en pie para esta noche.

Hablaban en voz baja, en un susurro.

Uno de los centinelas gritó:

—¡Ya basta!

Primero llegaron a la habitación de Raymond y un centinela abrió la puerta.

—Pasa dentro y no intentes salir hasta que se te ordene.

Raymond se despidió con una mirada de Sibylle y entró en su dormitorio.

CAPÍTULO XVI

Tal como estaban las cosas, tenía que escapar de allí.

Ya sabía lo que se proponía el doctor Z. Asaltar la Compañía Internacional de Piedras Preciosas de Amsterdam. No sabía cómo, pero él no podía quedarse a la cena para conocerlo.

Aquel tipo estaba loco y su procedimiento, igual podía ser para robar joyas, un Banco, o conseguir el gobierno universal.

El doctor Z se había convertido en el enemigo público número uno de todas las naciones del globo.

Pero ¿cómo salía de allí…?

Se sirvió una ración de *whisky* y empezó a mirar la pared en busca de cámaras ocultas.

Tenían que estar muy bien disimuladas.

Creyó ver una en la lámpara, que estaba demasiado alta.

Lo primero que tenía que hacer era vestirse porque había tomado una segunda ducha.

No se dio mucha prisa.

Una vez estuvo vestido, salió del cuarto de baño silbando una canción.

Se dirigió hacia la puerta con la mayor naturalidad y abrió.

A unos metros vio uno de aquellos centinelas con metralleta, que llevaba sobre su pecho la letra Z.

—Vuelva dentro.

—Ésta sí que fue una sorpresa. Creí que se os había comido la lengua el perro.

—Déjese de bromas y vuelva dentro.

—¿Quién lo ordenó?

—El doctor Z.

—Está bien, muchacho, no te enfades.

Raymond inició el giro para volver a la habitación, pero lo que hizo fue arrojarse sobre el centinela.

Éste se había confiado durante los últimos segundos. Fue fatal para él.

Raymond le pegó en la garganta con la mano abierta y el individuo cayó.

Raymond se apoderó rápidamente de la metralleta. Examinó el corazón del centinela y se convenció de que estaba muerto. Su golpe había sido de una gran efectividad.

Con el arma en la mano echó a correr por el largo pasillo.

Abrió de golpe la puerta de la última habitación.

Sibylle, sentada en el lecho, se estaba poniendo unas medias enrejadas.

—Raymond…

—Ven aquí, rápido.

—Pero si no es de noche.

—Ya sé que es de día, pero el espectáculo se adelantó…

La joven se bajó el vestido y corrió al lado de Duc.

—¿Qué pasa, Raymond…?

—Es la hora de la libertad.

—Pero ahora tendremos menos probabilidades que de noche.

—Imagino que, cuando sea de noche, contarán con un buen servicio de focos y para ellos será como si fuese de día… Llévame a la pista del helicóptero.

—Por aquí —dijo Sibylle.

Poco después llegaron a la escalera que Raymond conocía, por la que bajó a su llegada.

Raymond retuvo a Sibylle.

—Cuidado, hay centinelas…

Subieron despacio, pero no les valió. Un centinela los descubrió en seguida.

Levantó la metralleta para disparar y Raymond hizo fuego.

El individuo que tenía en su pecho la Z cayó rodando por la escalera como una pelota.

—Vamos, arriba… —dijo Raymond.

Otro centinela bajaba desde lo alto al oír los estampidos.

Puso en marcha su arma, pero lo hizo muy alocadamente. Las balas mordieron en la pared por encima de la cabeza de Raymond.

Éste se había agachado unas pulgadas y en esa posición contestó al fuego.

El segundo tipo se fue hacia atrás, lanzando aullidos de muerte, porque estaba siendo alcanzado por muchas balas.

En ese momento se oyó la voz del doctor Z:

—¡Atención, todos los hombres! ¡El prisionero Raymond Duc se fuga con mi esposa…!

¡Maten a los dos! ¡Es una orden!

Sibylle lanzó un grito de espanto.

Raymond le hizo una seña con la cabeza y emprendieron la ascensión de la escalera.

Llegaron ante la puerta que los separaba de la pista de aterrizaje.

Raymond la roció con plomo.

La puerta saltó y entonces Raymond se coló por el hueco. Pero en seguida tuvo que echarse al suelo, porque un hombre que estaba cerca del helicóptero le mandó plomo al rojo vivo.

Raymond le envió la respuesta. La cabeza del tipo reventó, manchando el helicóptero.

Se oyó la voz del doctor Z:

—¡Destruyan el helicóptero…! Utilicen el «bazooka»…

Raymond miró desesperadamente en busca del «bazooka».

Tenía que matar a quien se sirviese de él para evitar que el helicóptero fuese destruido.

Pero, antes de que pudiese descubrirlo, sonó un zarabombazo.

El helicóptero fue alcanzado por una granada y saltó por los aires produciendo una gran explosión.

Sibylle gimió a sus espaldas.

—Ya no podremos escapar… Estamos perdidos, Raymond.

—Todavía no, mientras yo tenga una metralleta…

Oyóse de nuevo la voz del doctor Z:

—Raymond… ¿Me escucha?

—Sí, doctor, le oigo bien.

—Todo ha acabado para ustedes…

—Lo mismo puedo decir de usted.

—No sea estúpido, Raymond… Yo soy el ganador… Le ha ocurrido exactamente lo mismo que a Charles Duval… Ha querido destruirme, pero no ha podido… Nadie puede destruirme a mí…

—Le demostraré que se equivocó, doctor.

—Entréguese.

—¿Para qué me voy a entregar?

—Tendré compasión de ustedes.

—Oh, sí, desde luego, ya supongo. Va a tener compasión… A su mujer la convertirá en trozos y a mí me obsequiará con un ultrasonido de buena marca…

—Es necesario… Pero le prometo que no la mataré a ella.

—¿Qué hará con Sibylle?

—La trataré también con mi procedimiento.

—No, gracias.

—No sea insensato, Raymond… No puede salir de aquí vivo… Cuando haya pasado por usted el ultrasonido, no se dará cuenta de lo que es bueno y lo que es malo. Sólo tendrá en cuenta obedecer mis órdenes. ¿No le parece estupendo eso de no tener conciencia?

—Tengo mis dudas acerca del resultado.

—La conciencia es una de las cosas peores que conserva el hombre… ¿Cuántos indecisos no han podido triunfar en la vida por culpa de su conciencia…? Al realizar un acto se ven obligados a estudiar el pro y el contra, a sopesarlo… Y muchas veces se termina por no ejecutar lo que nos conviene, porque creemos que puede dañar al prójimo…

—Doctor, tengo la impresión de que la conciencia ha sido necesaria para que el hombre siga su camino hacia delante.

—Paparruchadas… Yo me despojé de mi conciencia y le aseguro que me he convertido en un hombre superior… Pero no quiero discutir con ustedes… Antes de un minuto le enviaré al hombre que ustedes ya conocen.

—¿A cuál se refiere?

—Usted lo debe saber bien, Duc. El hombre con el que estaba experimentando cuando se produjo la rebelión, el que se levantó cuando todos creyeron que estaba muerto. El que envió los rayos para terminar con Charles Duval y Mylene y los hombres que los secundaban.

—No creo que llegue su poder a traerlo aquí.

—¿No? Muy pronto lo van a saber…

Sibylle gritó:

—¡Nos destruirá, Raymond! ¡Dile que estamos de acuerdo!

La joven le apretó un brazo.

—Suéltame, pequeña, necesito mis dos manos para defendernos.

—Es una locura. Dile que nos rendimos.

—No nos rendiremos… No sabes cuál es el final que nos espera. Nos dará tormento…

En aquel momento se oyeron pasos en la puerta por donde habían llegado a la terraza.

Los dos miraron hacia allí, Sibylle llena de terror.

Vieron aparecer al hombre que ya conocían, al poseedor del rayo que fulminaba.

—Raymond, está aquí… ¡Es él!

—¿Crees que no tengo ojos en la cara?

Los dos se refugiaron detrás de una pared.

Raymond se asomó por la esquina y envió una ráfaga de plomo sobre el extraño hombre.

Pero pudo ver que las balas no hacían mella en el resucitado.

Por los altavoces llegó una carcajada del doctor Z:

—¿Qué le pasa, Raymond? ¿Es que se le mojó la pólvora?

Raymond vio que el hombre del rayo levantaba el brazo.

Se escondió junto a Sibylle.

El rayo chocó contra la pared produciendo un gran estruendo.

Sibylle se tambaleó, pero no llegó a caer.

—Estamos perdidos, Raymond —sollozó.

—Vamos… Echa a correr. Es lo único que podemos hacer por ahora.

Tomó a la joven del brazo y la levantó de un salto. Dieron la vuelta a la pared y se encontraron con una puerta que defendía un hombre.

Raymond lo tumbó con una ráfaga de plomo.

Duc abrió aquella puerta y vio lo que había dentro.

Un arsenal.

Allí había municiones, dinamita.

—Pequeña, lárgate.

—¿Qué vas a hacer?

—Volar esto.

—Pero nosotros moriremos también.

—Quizá haya suerte y caigamos sobre un lecho de rosas… Vamos, lárgate. No puedo esperar un minuto más.

Raymond estaba trabajando en una mecha.

La joven se retiró de la puerta, pero no se atrevía a correr.

—¡Ya viene! —gritó despavorida.

Raymond prendió fuego a la mecha con la llama de su encendedor.

Luego, se reunió con Sibylle.

Vio al hombre, en la esquina, que los estaba buscando con la mirada.

—Vamos, muchacha, este tipo las gasta muy pesadas.

Reemprendieron la carrera y poco después llegaron al borde de la pista.

Raymond había pensado que podían saltar por allí, pero la distancia que los separaba del suelo era muy grande.

Vio un canal de desagüe.

—Hay que bajar por ahí, Sibylle.

—Yo no puedo…

—Claro que puedes. Yo iré delante para sostenerte.

—No me dejes sola, Raymond.

—Vamos, acompáñame… Dentro de un rato la casa estallará.

Las últimas palabras sirvieron para que la joven se animase en el descenso.

—Siento vértigo, Raymond… Creo que me voy a caer.

Continuaron descendiendo los dos.

Por fortuna, tuvieron suerte en encontrar una cornisa muy ancha.

Ya estaban cerca del suelo.

—Hay que saltar —dijo Raymond.

—Me romperé una pierna.

—Más vale un remo roto que te recojan a pedacitos.

Raymond saltó y cayó bien.

—Vamos, pequeña.

Sibylle se lanzó al aire.

Raymond la sostuvo y los dos cayeron en tierra.

—¿Estás bien, Sibylle?

—Sí —asintió ella.

—Vamos a empezar la fiesta.

Otra vez cogidos de la mano, se pusieron a correr.

A lo lejos oyeron las carcajadas siniestras del doctor Z que llegaban por los altavoces:

—Nunca podréis escapar… El hombre que yo he creado os

fulminará con su rayo. Tiene un alcance de muchas millas.

—¿Has oído, Raymond? —dijo Sibylle—. No podremos librarnos de él.

—No te preocupes y sigue corriendo —dijo Raymond.

En aquel momento se produjo una gran explosión.

Raymond se tiró al suelo llevando consigo a la joven.

Los dos rodaron por tierra.

Al final quedaron de bruces y miraron hacia el lugar de donde habían escapado.

Se produjo otra explosión.

La casa estaba saltando en el aire y lo que quedaba, los restos, eran presa de las llamas.

CAPÍTULO XVII

El Viejo había tratado de establecer contacto con Raymond Duc por tres veces. Anne Vincent, la dueña de la estación de servicio, le dijo que Raymond había ido al pueblo vecino, pero no había vuelto.

Entonces, el Viejo mandó a Laroque a uno de sus agentes, Gilbert Fargue, el cual se encontraba en esos momentos al lado de la mesa para rendir su informe.

—¿Qué pasó con Duc?

—Desapareció, jefe.

—Le apuesto doble contra sencillo a que se fue con una mujer.

Gilbert Fargue, delgado, hizo un gesto de asombro.

—¿Cómo lo sabe, jefe…?

—Yo sé todo lo que hay que saber de Raymond Duc —el Viejo estaba rojo de ira—. Y también puedo decir con toda seguridad que esa mujer era atractiva.

—Sí, señor… Es extraordinariamente hermosa, según me explicó el encargo del registro del hotel Republic y además pelirroja.

—Un hotel, ¿eh…? Y naturalmente nuestro seductor agente, señor Duc, visitó a la dama en su habitación.

—Exacto, jefe. Me deja usted asombrado con sus deducciones, jefe.

—No me gusta que me halaguen, agente Fargue.

—No, señor…

—¿Qué hay más en este asunto?

—Raymond Duc y la mujer no se fueron solos.

—¿Cómo?

—Desaparecieron con otros dos hombres.

—¿Qué dos hombres?

—Uno tenía aspecto de oriental.

—Entiendo, una orgía.

—¿Cómo dice…?

—Nada, no me haga caso. De Raymond Duc se puede esperar todo… Cometí un error al asignarle este servicio… ¿Por qué no oí mi voz interior…?

—Jefe, ¿puede permitirme una sugerencia…?

—Claro que se la permito.

—Podemos buscar a la mujer y si encontramos a la mujer, encontraremos a Raymond.

—Sólo hace falta ahora que me diga que tiene una pista de la pelirroja.

—No, señor, no la tengo.

—Entonces, ¿por qué diablos no se calló la boca?

—Jefe, yo sólo quería colaborar.

—Sí, ya sé que me dijo que fue una sugerencia, pero no sirvió de nada.

En ese momento la puerta se abrió y entró Raymond Duc.

Gilbert Fargue se echó a reír y señaló a Duc.

—Hablando del tipo de Roma, por la puerta asoma.

—Silencio, agente Fargue.

—Buenos días, señor… ¿Cómo estás, Gilbert?

—Yo muy bien, ¿qué tal con la pelirroja?

—De primera.

El Viejo pegó un puñetazo sobre la mesa.

—Señor Duc, ¿olvida el sitio dónde está?

—Perdone, jefe, pero sólo contestaba a una pregunta de Fargue.

—A propósito, ¿dónde está la pelirroja…?

—No la traje conmigo.

—Menos mal.

—Pero traje a una morena…

—¿Qué…?

—Verá, jefe, se trata de una historia un poco larga. Los muertos no estaban muertos…

Sólo era una farsa, un descubrimiento del doctor Z.

Gilbert Fargue estaba con la boca abierta.

—Eh, Duc, ¿te encuentras bien…?

El Viejo intervino:

—Fargue, le dije antes que no abriese el pico.

—No, señor…, digo, sí, señor…

El Viejo le dirigió una mirada cargada de furia y luego observó a

Raymond.

—Debe admitir que he tenido mucha paciencia con usted durante los últimos meses.

—Sí, jefe.

—Entiéndalo de una vez por todas. Está a punto de colmar esa paciencia. Sólo faltan unas pulgadas para que el vaso se desborde… ¿Qué es lo que ha hecho usted…? ¿Dónde estuvo…? ¿Por qué desapareció de Laroque…? ¿Quién era la pelirroja…? ¿Quiénes eran los dos hombres que salieron con usted del hotel…?

—Jefe, le hablaré de todo. Pero tenga un poco de calma.

—¿Cree que puedo tenerla con usted…?

—Empezaré por el principio.

—Una estupenda medida para evitar líos.

—Sí, señor, y es muy importante en este caso, porque el lío aparecerá en el momento más inesperado.

—Ahórrese los comentarios y comience su informe, señor Duc.

Raymond Duc hizo su relato y cuando hubo terminado, el jefe y Gilbert Fargue estaban de muestra.

El Viejo apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

—Fargue, dígame si estoy aquí.

—Sí, señor, está usted aquí, en su despacho, en el Deuxiéme Bureau.

—¡No sea estúpido…! ¡Claro que estoy aquí en mi despacho, en el Deuxiéme Bureau!

—Pero usted dijo…

—Ya sé lo que dije, pero estese callado.

—Sí, señor, ya me estoy callado.

El Viejo guiñó un ojo y miró con el otro a Raymond Duc.

—Quiero hacerle una pregunta, señor Duc.

—Hágala.

—¿Espera que me crea todo eso que ha contado?

—Le aseguro que es la pura verdad.

—¡Es la mayor fábula de que tengo noticias! ¡Carece de sentido común, de lógica!

—Sin embargo, ocurrió como le digo, jefe.

El Viejo se pasó una mano por la cara.

—Preséntenme una prueba, sólo una.

—Muy bien, señor.

Raymond se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Una hermosa mujer entró en la estancia.

—Sibylle, ¿quieres contarle a mi jefe todo lo que sabes acerca del doctor Z?

Sibylle, que estaba fascinante, se mojó los labios con la lengua y dijo:

—Verá, señor… La cosa empezó cuando yo me casé con un doctor loco…

—¡No siga, señora…! ¡No continúe…! —gritó el Viejo—. ¡Usted está de acuerdo con Raymond Duc para colocarme esa tontería…!

—Le aseguro que yo…

—¡No me asegure nada…! ¡Raymond!

—A la orden, jefe.

—Tómese un descanso de veinticuatro horas y luego venga de nuevo a informar.

—Sí, señor.

—Espero que para entonces haya cambiado un poco la historia, quiero decir que sea un poco más lógica.

Raymond Duc tomó a Sibylle del brazo y se dirigió hacia la puerta.

Pero antes de salir volvió la cabeza hacia su jefe dijo:

—Al menos, le prometo que el final será un poco más terrenal.

Luego, sonrió a Sibylle que le devolvió la sonrisa y ambos salieron del despacho. El Viejo y el agente Fargue, se habían quedado con la boca abierta.

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso que a través de sus relatos llenos de fuerza y colorido, ha sabido prestar nueva vida a los esforzados personajes que forjaron la leyenda del viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.